REFÓRMESE EL GOBIERNO, Y LOS INDIVIDUOS ¿TAMBIÉN SE REFORMARÁN? VENEZUELA (1808-1830).

UN ESTUDIO DE CASO PARA LA TEORÍA OPERATIVA DEL SIGNIFICADO

José Javier BLANCO RIVERO
Universidad Simón Bolívar (Venezuela)
javierweiss@gmail.com

Resumen: Las categorías analíticas desarrolladas anteriormente en un artículo sobre la teoría operativa del significado se emplean en esta ocasión para abordar un estudio de caso. Examinando la prensa caraqueña de principios del siglo XIX, damos con una forma enunciativa que gira en torno al concepto de naturaleza. Tomando a éste como un concepto fundamental indagamos su historia hallando su estructura semántica en la distinción entre generación y degeneración. De esta distinción directriz derivan otras como ser y no ser, cuerpo y alma, razón y pasión; juntas conforman las estructuras semánticas de lo que denominamos campo semántico naturalista. Dentro del campo semántico naturalista emergen gran variedad de formas de codificación de la comunicación y de discursos, así que partiendo de la codificación política de la comunicación a partir de la evolución de determinado género literario, aislamos un conjunto de lugares comunes que conforman un tipo de discurso que denominamos reformista. El discurso reformista se cruza con distintos discursos como el republicano, el de la ciencia política, el del derecho natural y el constitucionalista. Este discurso exhibe una estructura autorreferencial que se basa en una paradoja, a saber, que el gobierno reforma a los individuos y que éstos reforman al gobierno. Finalmente, demostramos brevemente cómo el discurso reformista ha jugado un rol importante en la historia republicana de Venezuela, ya que proveyó el marco conceptual que hizo posible pensar la independencia, y del mismo modo, permitió articular diferentes diagnósticos y propuestas sobre la mejor forma de constituir a Venezuela. En esta discusión la constitución adquiere un rol fundamental puesto que era considerada la herramienta para reformar a la sociedad.

Palabras clave: teoría operativa del significado; discurso reformista; regeneración; constitución

Abstract: The analytical framework outlined in a previous work —namely, an operative theory of meaning— is put to test in the case of the 19th century Venezuela. Reading the literature of the emancipation time, it is possible to find a discursive layer which most fundamental concept is ‘nature’. By researching the history of this concept a constitutive difference between generation and degeneration is detected. Furthermore, this opposition appears to be a part of the semantic network that also includes other key contradistinctions such as ‘to be’ / ‘not to be’, ‘body’ ‘soul’ and ‘reason’ / ‘passion’: taken together, they structure the semantic field of ‘nature’. This field is codified in several ways and encompasses many discourses, from which we specifically choose, firstly, a political codification of communication (based on the evolving of literary tradition) and, secondly, the so-called reformation discourse intertwined with other discursive traditions such as natural law, political science,

republicanism and constitutionalism. The self-referential structure of the latter is revealed in its circularity: the government reforms the individuals and the individuals reform the government. Finally, it is shown how this reformation discourse made possible thinking of independence, framing a notion of republic and articulating opposing interests and aspirations concerning the governance of Venezuela.

Keywords: operative theory of meaning; reformation discourse; reform; constitution

1. Introducción y planteamiento del problema

En un ensayo publicado anteriormente en esta revista sentábamos las bases para una teoría operativa del significado, cuya tesis principal consistía en que el significado se produce a partir de diferencias lingüísticas de sentido en la ejecución de la reproducción autopoietica de un sistema social, con lo cual éste adquiriría mayor complejidad y especificidad frente a su entorno y generaba a la vez redundancias y diferencias, a partir de lo cual se producían identidades que orientarían la capacidad de enlace del sistema al distinguir entre autorreferencia y heterorreferencia¹. La producción lingüística de sentido, argüíamos, permite distinguir seis formas de generalización lingüística del sentido, a saber, el enunciado, el lugar común, el discurso, el concepto, la estructura semántica y el campo semántico.

Dado que el significado varía constantemente al engendrarse como acontecimiento comunicativo, el problema en realidad no consistiría en el cambio semántico sino en la estabilización semántica. Una estabilización semántica consiste básicamente en una forma de biestabilidad² entre lo semántico y la estructura social y, de forma más generalizada, es un resultado del acoplamiento estructural entre sistemas psíquicos y sociales, que permite a los sistemas psíquicos vincular significantes con determinada clase de acción y vivencia, y que permite a los sistemas sociales reducir complejidad, al condensar y generalizar el sentido a partir de símbolos, signos, figuras y formas, y a partir de ellas elaborar representaciones de sí y de su entorno. Determinábamos en principio dos formas de estabilización semántica, las textuales y las interactivas, pero las seis formas de generalización lingüística del sentido descritas

¹ BLANCO RIVERO, José Javier: "Hacia una teoría operativa del significado", en *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1 (2012), <http://www.ehu.es/ojs/index.php/Ariadna>, pp. 41-79.

² VON FOERSTER, Heinz: "Epistemologie der Kommunikation", en Heinz VON FOERSTER, *Wissen und Gewissen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1993, pp. 269-281.

arriba también pueden considerarse formas de estabilización semántica por el rol que cumplen en la producción de significados en plural, valga el énfasis.

Como contracara de la estabilización aparece la oscilación semántica que, dicho de manera sencilla, no es otra cosa sino la historia o el registro de las estabilizaciones, pero entraña también posibilidades alternas que en un mismo instante pueden hacer fracasar a una estabilización semántica al introducir incertidumbre y ambigüedad. La oscilación semántica se nutre del excedente de posibilidades de diferencias con que oponer el significante en cuestión, así como de las alternativas que brinda la diferenciación sistémica al ofrecer marcos hermenéuticos para la producción de significados, es decir, como si los sistemas sociales fuesen contextos para la variación semántica.

Hasta aquí el apretado resumen de los principales postulados de los que hacíamos gala en aquella ocasión.

En esta oportunidad pretendemos seleccionar un caso de estudio con el propósito de exhibir cómo puede usarse en una investigación histórica el marco teórico desarrollado. No es nuestra intención hacer una exposición detallada del problema en cuestión —ya un intento lo hemos realizado en otro lugar³—, sino más bien trazar sus rasgos más resaltantes de modo que puedan quedar sobre el tapete las potencialidades del enfoque que estamos ensayando.

Pues bien, desde que los enunciados son toda la evidencia histórica de la que disponemos, hemos de empezar naturalmente por el análisis de un enunciado. En el *Publicista de Venezuela*, número cuatro del 25 de julio de 1811, hemos seleccionado una enunciación que ha llamado nuestra atención y que más allá de la inmediatez de su producción y de las estabilizaciones semánticas textuales que le confieren significados, nos esconde las condiciones históricas de su producción y reproducción. Veamos.

El hombre es formado solamente para aquel gobierno, que no separándose de la justicia y de la naturaleza, lo conduce por las sendas de la virtud; y en el orden de los acontecimientos públicos, el verdadero creador del hombre moral, es el sistema de gobierno.

Regis ad exemplum totus componitur orbit [el mundo se acomoda a las directrices de su gobernante]. Esta grande verdad; sin embargo, no está fundada solamente en ejemplos: depende en gran manera de los principios que deciden nuestro carácter y voluntad moral. Refórmese el Gobierno,

³ BLANCO RIVERO, José Javier: *¡Refórmese el Gobierno y los individuos se reformarán! Elementos de una teoría política venezolana de la emancipación*, Saarbrücken, Dictus Publishing, 2013.

y los individuos de la Nación también se reformarán. Comience aquí su curación, y su influencia se extenderá sobre todo el cuerpo político⁴.

Podemos observar en esta enunciación varios conceptos importantes tales como los de gobierno, hombre, justicia, naturaleza, virtud, gobierno, verdad, voluntad, reforma, individuo, nación y cuerpo político. ¿Qué tienen en común todos ellos? ¿Qué hace posible que sean enunciados en conjunto?

Si nos quedásemos solo con este enunciado, —podríamos pensar— nada sino el azar nos daría cuenta de los nexos de sentido entre los distintos significantes. Pero ningún enunciado es tan único y particular como para no estar inserto en un campo semántico que genere la redundancia necesaria que permita la coagulación de un conjunto de significados más o menos estables. De modo que tienen que existir enunciados parecidos al recién citado, y de hecho, existen.

Traigamos a colación otro ejemplo, esta vez un extracto de un artículo publicado en *El Anglocolombiano*:

En proporción que un cuerpo de hombres públicos se separa de la saludable influencia de la opinión pública, viene este á estar expuesto a la corrompida influencia del gobierno. Repito corrompida influencia, porque el poder por su naturaleza corrompe el espíritu, y lo dispone a usar de todos los medios posibles para conservar y extender el que tiene. Por esta razón es que ninguna forma de Gobierno proporciona una seguridad adecuada á la libertad del pueblo cuando no está escudada y contenida por la vigilancia de la opinión pública⁵.

En la primera enunciación observamos que el gobierno reforma al individuo al instilarle virtudes morales y que éste es el único gobierno acorde con la naturaleza humana, a saber, el que se basa en la justicia. Pero en ésta última nos damos cuenta de que la opinión pública —garantizada por la libertad “individual” de expresión— es la que evita la corrupción natural del gobierno. Podríamos sintetizar ambos enunciados a costa de simplificarlos y de descontextualizarlos de la siguiente manera: que el gobierno reforma al individuo y que el pueblo reforma al gobierno. Tenemos entonces una paradoja o una tautología, dependiendo de cómo lo deseemos ver, pues, ¿cómo es posible dar por sentado al mismo tiempo que el pueblo reforme al gobierno y que el gobierno reforme al pueblo? ¿Quién reforma a quién?

⁴ *El Publicista de Venezuela*, nº 4, 25-07-1811 [en corchetes traducción nuestra].

⁵ “Observaciones sobre la Constitución de Colombia”, en *El Anglocolombiano*, nº 3, 04-05-1822.

No es del todo sencillo hallar estas paradojas, puesto que la hipercodificación del lenguaje por la lógica tiene como bastión el principio de no contradicción, de modo que no es posible hallar la negación y la afirmación simultánea de un enunciado en un texto. Al menos no de un modo tan evidente. Además, la propia sucesión temporal de la enunciación y la creación de constructos, como sujetos emisores y sujetos destinatarios, tienen un efecto desparadojizador, si se nos permite la expresión.

Lo cierto es que ambos enunciados —o bien, esta paradoja—, contemplados desde las posibilidades de su reproducción, son hechos posibles por la operatividad de un mismo campo semántico o, al decir de Foucault, forman parte de una misma formación discursiva⁶. Y esa es una de las primeras cosas que demostraremos en este ensayo. Nuestro espectro espacio-temporal estará fijado en Venezuela entre 1808 y 1830, no obstante, mostraremos cómo nuestro enfoque teórico nos descubre la complejidad temporal tras los enunciados que encontramos en las fuentes históricas, cosa que nos llevará más allá de Venezuela y allende a tan estrecho margen temporal. Se trata, por poner un símil con Koselleck, de determinar los distintos estratos temporales no ya de un concepto, sino de las enunciaciones. Ése será nuestro primer paso, el cual nos dará la oportunidad de develar el campo semántico, las estructuras semánticas, los lugares comunes y los discursos responsables de la reproducción de enunciados como los citados (1). Llegados a tal punto habremos descrito los lugares comunes que integran al discurso reformista, entonces nos será posible examinar las condiciones de su reproducción en la América hispana y su papel en la disolución del Imperio español (2). Finalmente, mostraremos cómo semejante discurso sirvió para describir las situaciones políticas y sociales que se enfrentaban en ese país y para prescribir posibles soluciones. Aquí la clave será mostrar que los discursos con gran tradición son autorreferenciales y que, como tales, se contienen a sí mismos y ofrecen una descripción del mundo donde cada cosa tiene su lugar y su explicación (3).

Procedamos a explicarnos con más detalle.

2. Reproducción de temporalidades

Partiendo de la enunciación como lo dado, como lo fáctico, como aquello de lo que disponemos en principio para la investigación histórica, hemos de distinguir entre

⁶ FOUCAULT, Michel: *La arqueología del saber*, México D. F., Siglo XXI editores, 2006.

dos temporalidades, a saber, por un lado aquella envuelta en la generación del enunciado como tal, es decir, su factualidad, su ocurrencia como acontecimiento, y por otro, las temporalidades que el enunciado como diferencia, como información, evoca en la producción de significaciones. Lo que esto quiere decir es cosa ya conocida en la teoría de la historia: que la distinción de temporalidades es un hecho presente; pero no solo se trata del tiempo observable en la distinción entre enunciados pasados, enunciados presentes y enunciados posibles, sino también de la temporalidad como *forma*⁷, como distinción que tiene lugar en el tiempo pero que es atemporal, una distinción entre antes y después, y más refinadamente, una distinción entre pasado, presente y futuro, y aún más elaboradamente, entre distintos horizontes temporales como pasado-presente, presente-futuro, futuro-pasado, etc.⁸

Pero hay más. Existen otras maneras de asir las temporalidades, por ejemplo, medir ritmos. Es así como hoy se habla de modernidades múltiples⁹; es así como ha de comprenderse la diferencia entre semántica y estructura social¹⁰; es así como entre las formas lingüísticas de generalización del sentido existen distintas temporalidades, porque cada cual tiene un ritmo distinto frente a la otra.

El tiempo, como *forma*, es una distinción hecha por un observador, por un sistema, para el cual su mismidad y su ser en el tiempo son el marco de referencia para distinguir la otredad y la no simultaneidad de otros sistemas o de otras formas. Lo que distingue la forma del tiempo es entonces la igualdad y la desigualdad en el acontecer, la simultaneidad y la no simultaneidad, tomando siempre como referencia la identidad y la igualdad consigo mismo en el tiempo del que distingue¹¹. El observador, desde este

⁷ Empleamos el concepto de forma elaborado en el cálculo formal por Georg SPENCER-BROWN en *Laws of Form*, Londres, Allen & Unwin, 1969, y llevado por Niklas LUHMANN en *La sociedad de la sociedad*, México, Herder, 2008, a la sociología. Un desarrollo sobre su aplicación en las ciencias sociales se puede encontrar en Dirk BÄCKER, *Beobachter unter sich*, Berlín, Suhrkamp, 2013.

⁸ Sobre el tema de las temporalidades ver KOSELLECK, Reinhart: "Zeitschichten", en Reinhart KOSELLECK, *Zeitschichten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2003, pp. 19-26.

⁹ EISENSTADT, Shmuel Noah (ed.): *Multiple Modernities*, New Brunswick N.J., Transaction Publishers, 2000.

¹⁰ BLANCO RIVERO, José Javier: "Teoría de los sistemas e historia de las ideas. Aportes sistémicos al debate de historia de las ideas", en *Persona y Sociedad*, Universidad Alberto Hurtado, vol. XXIII, nº 2, 2009, pp. 91-113.

¹¹ Compárese NASSEHI, Armin: *Die Zeit der Gesellschaft*, Wiesbaden, VS Verlag, 2008.

punto de vista teórico, no es necesariamente una persona, puede ser un sistema, una forma, un proceso, la comunicación, entre otros¹².

De manera que, partiendo de los enunciados en su acontecer como tiempo presente, los lugares comunes, los conceptos, los discursos, las estructuras semánticas y los campos semánticos no solo son formas de redundancia semántica generadas simultáneamente en ese presente, sino que también representan distintos pasados; pasados sepultados bajo la certidumbre de una convención lingüística —o de un conjunto de ellas—, bajo el concentrado de sentido con el que se identifica un significante. Es así como se justifica la labor histórica como una arqueología semántica, es decir, el descubrir en las huellas o en la formación de significados en el presente, no solo las condiciones de posibilidad del significar actual sino los significados perdidos, aquellos que por estar comprimidos y sintetizados, se han vuelto incapaces de abrir los horizontes de sentido que brindaban en estados pretéritos del sistema.

La distinción entre las distintas formas de generalización lingüística del sentido nos permite seguir la pista de esas temporalidades, porque cada cual tiene su huella particular: los lugares comunes nos permiten denominar discursos, los cuales evidencian *patrones más o menos regulares de enunciación*; los conceptos son *significantes con especial valor* en determinado campo semántico; las estructuras semánticas son *distinciones a menudo ocultas tras los conceptos fundamentales*; y los campos semánticos son una segmentación del universo lingüístico, en cuya red de oposiciones entre significantes existe *espacio para la articulación de diversas combinaciones que son responsables de la variación y la redundancia* en la producción de conceptos, formaciones discursivas y, en último término, de significados.

Partiendo de lo dicho y tomando en cuenta las enunciaciones citadas arriba ¿cómo determinaremos que estamos frente a una clase específica de enunciado?

La respuesta consiste, como ya lo hemos anticipado, en buscar lugares comunes. Éstos no son otra cosa que enunciados que al volverse adagios, axiomas o expresiones sintéticas de sabiduría —es decir, al adquirir una forma de expresión más o menos idéntica e identificable— suelen reproducir más o menos unos mismos significados.

Y ¿cómo auscultar las condiciones de reproducción de tal enunciación?

¹² Esta perspectiva epistemológica ha sido estimulada por Gregory BATESON, *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohlé, 1976.

Sencillamente examinando los conceptos presentes en la enunciación seleccionada y preguntándonos por la diferencia que subyace a su unidad. Así encontraremos su estructura semántica. Aunque debemos tener en cuenta lo siguiente: si bien toda definición entraña una distinción —y ésta es, pues, la *forma* de la *forma*: definición/distinción— no siempre existe un significante que complete la distinción, es decir, las formas pueden ser de dos lados o de un solo lado¹³. Es así como podemos encontrar conceptos que aparentan reinar en soledad y otros que se enfrentan con sus contraconceptos¹⁴.

Empecemos por las estructuras semánticas para así recolectar pistas sobre la clase de lugares comunes que habremos de identificar. Lo primero que debemos hacer es desentrañar la red de oposiciones entre significantes entre los distintos conceptos y determinar cuál de ellos establece la distinción directriz que incardina a los demás conceptos. El hecho de que estos conceptos se vinculen entre sí y no con otros, de determinada manera y no de otra, nos devela la presencia de una forma de codificación de la comunicación, esto es, de una distinción directriz metacomunicativa —pero que puede ser reintroducida en la comunicación— que regula y orienta la capacidad de enlace de los enunciados, es decir, son reglas que establecen las condiciones para la formación de determinada clase de enunciado y determinan claramente cuáles formas de enunciación podrían seguirles a continuación como implicación. Pero también tal asociación entre conceptos es producto de la formación de un campo semántico particular dentro de un universo cultural determinado.

En la tradición semántica occidental esas formas de codificación —o incluso de hipercodificación— son la lógica y la retórica. La lógica sobretodo, como forma de codificación reflexiva o hipercodificación¹⁵ —es decir, cuando la codificación se distingue a sí misma y deja de ser algo latente y hasta casual en la comunicación para hacerse algo manifiesto y dominante—, ha dado forma a un ámbito diferenciado de la

¹³ Véase nota al pie 5.

¹⁴ Véase KOSELLECK, Reinhart: “Zur historisch-politischen Semantik asymmetrischer Gegenbegriffe”, en Reinhart KOSELLECK, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1989, pp. 211-259 (En español, *Futuro pasado. Sobre una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 2003).

¹⁵ Para una definición de codificación e hipercodificación, véase Umberto ECO, *Tratado de semiótica general*, México D.F., Debolsillo, 2005.

comunicación como ha sido la filosofía, y en especial, a sus elementos más primitivos como la filosofía natural, la física, la metafísica y la ontología.

A nuestro juicio el concepto fundamental en los enunciados arriba citados es el de *naturaleza* y carece de discusión que este significante desempeña un papel protagónico en la lógica y en la filosofía, cuestión que debemos tener en cuenta a la hora de diagramar su ubicación dentro del léxico compartido por la cultura occidental, a pesar de las diferencias idiomáticas.

Según sus orígenes dentro de la filosofía jónica de la naturaleza, cuyo núcleo semántico —es decir, su estructura semántica— se ha mantenido prácticamente estable a lo largo del tiempo, el concepto de naturaleza distingue entre *generación* y *degeneración*: la naturaleza como unidad consiste —más o menos según las distintas descripciones de las que se guarda registro— en el despliegue de fuerzas que engendran lo material e inmaterial y en fuerzas que producen la corrupción y degeneración de todas las cosas, para que de nuevo el ciclo vuelva a repetirse¹⁶.

Dentro de este círculo autorreferencial de significado el concepto de reforma adquiere una significación muy concreta. Reformar es la misma cosa que regenerar¹⁷ y resulta claro que formar o transformar son variantes morfológicas de generar, crear o producir. Es decir, incardinadas estas palabras dentro del nexo de sentido del concepto de naturaleza nos hacen referencia tanto a la repetición del ciclo que de lo corrupto genera cosas nuevas como a la generación en sí misma, bien sea como obra pura de creación o como acto de transformación de una cosa en otra¹⁸.

Es posible darnos cuenta cómo otras distinciones se cruzan o se encajan con aquella de generación y degeneración. Por ejemplo, la distinción directriz de la ontología, a saber, aquella entre *ser* y *no ser*. Se trata fundamentalmente —sin querer entrar en una historia de la filosofía y, por tanto, sin querer concretar demasiado en la

¹⁶ Véase entre otros JÄGER, Werner: *La teología de los primeros filósofos griegos*, FCE, México, 1997; ARISTÓTELES, *Acerca de la generación y la corrupción*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1998; y GARCÍA BACCA, Juan David: *Fragmentos filosóficos de los presocráticos*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1963.

¹⁷ Véase entre otros ejemplares, “Reformar”, en *Diccionario de Autoridades*, 1737. Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. Disponible en: <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0> [Consultado el 28 de marzo de 2014].

¹⁸ Véase particularmente ESCOTO ERIÚGENA: “Sobre la división de la naturaleza”, en Clemente FERNÁNDEZ, *Los filósofos medievales. Selección de textos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, tomo II, 1979, pp. 4-42.

propuesta de determinado autor— del problema de si se sigue siendo cuando se cambia, o bien si se deja de ser al cambiar. Se trata también de un Ser de cuya inmutabilidad y eternidad emana todo lo material y lo espiritual que constituye al mundo, sin poder determinar si ese Ser en sí es material o espiritual, sino que sencillamente “es”¹⁹. Claro que existen múltiples formas de predicar el ser que se han hecho corrientes en la filosofía, pero lo dicho introduce los problemas básicos que queremos señalar.

Otra distinción importante, claramente aparejada con las anteriores, es la de *cuerpo y alma*. El hombre, como creación de la naturaleza, comparte también con ella su dualidad esencial, solo que en su caso, en vez de espíritu y materia, la diferencia será entre cuerpo y alma. A cada una de estas esencias puede achacársele, como a toda esencia, cualidades o características propias. Es así como el cuerpo se va a asociar con lo perecedero, con lo mutable, con lo corruptible, mientras que el alma se vinculará con lo eterno, con lo inmutable, con lo más puro que posee el hombre. Todas aquellas pulsiones asociadas a lo fisiológico serán achacadas al cuerpo y consideradas bajas, mientras que todas las facultades cognitivas serán asociadas al alma y consideradas superiores. Es así como, derivando de las facultades del cuerpo y del alma, surge una distinción más: aquella entre *razón y pasión*. El gobierno del hombre sobre sí mismo —tema no sin importancia en la ética helénica y romana— debía dejarse a aquella parte más elevada y sublime de su ser: el alma²⁰. Por analogía, la vida del hombre en la ciudad —considerado este hecho como una característica natural o esencial al hombre— fue considerada bajo el mismo aspecto: la ciudad era un cuerpo dotado de alma y su gobierno debía estar reservado a su parte racional y espiritual.

Las categorías recién descritas podemos considerarlas como las estructuras de un campo semántico, que por la centralidad que ocupa en él el concepto de naturaleza, llamaremos *campo semántico naturalista*. El campo semántico naturalista es sumamente amplio y ofrece albergue a gran variedad de discursos. La metafísica y la física se convertirán gracias a él en formas codificadas de comunicación, pero la impronta de las estructuras semánticas descritas —así como los enunciados producidos por la misma metafísica y por la física— no dejará de tener influencia en la política —entendida como

¹⁹ GARCÍA BACCA, Juan David: *Fragmentos filosóficos de los presocráticos*, pp. 63-69.

²⁰ Sobre el gobierno de sí y su historia en la filosofía, véase FOUCAULT, Michel: *La hermenéutica del sujeto*, Madrid, Ediciones Akal, 2005; y en su vertiente política, del mismo autor, *El gobierno de sí y de los otros*, Buenos Aires, FCE, 2009.

la ciencia del gobierno y administración de la ciudad— y su evolución en formas discursivas como el derecho natural, el republicanismo, la ciencia política y el constitucionalismo²¹.

Los lugares comunes que buscamos hemos de hallarlos entonces dentro de la comunicación lingüística codificada por esa tradición que tematizaba en principio el problema del gobierno de una ciudad, y que después se fue extendiendo al señorío, al reino, a la confederación, y finalmente, al Estado y al Estado-nación. Y en ellos encontraremos de manera explícita o implícita aquellas estructuras semánticas señaladas arriba. Hemos tomado siete, los cuales sintetizamos a continuación:

- a. Todo en la naturaleza está sujeto a la generación y a la degeneración
- b. La naturaleza humana es inmutable
- c. La ciencia puede evitar la degeneración a que están sometidas las obras del hombre
- d. El gobierno es capaz de reformar moralmente al hombre
- e. Las costumbres de un pueblo le hacen susceptible de ser gobernado bajo determinada forma y no de otra
- f. El clima influye en el orden moral de las sociedades
- g. El hombre es perfectible²²

Naturalmente cada uno de estos lugares comunes puede articularse en más de un discurso al mismo tiempo, pero juntos, en su concatenación, en su implicación recíproca, forman un discurso particular que denominaremos *discurso reformista*. Cada uno de estos lugares comunes tiene una historia en particular, cada uno en su concreción ofrece múltiples posibilidades de enlace, pero todos están sometidos bajo las

²¹ Podemos decir que de *La República* de Platón y de *La Política* de Aristóteles surgió un género literario que hizo tradición en Occidente y que fue cultivado por grandes publicistas como Altusio, Justus Lipsius, Jean Bodin, haciéndose ya más palmaria su transformación con Grocio, Vattel, Puffendorf, Hobbes y Rousseau, por mencionar los más destacados. Sobre la ciencia política, el constitucionalismo y el republicanismo como lenguajes, véase PAGDEN, Anthony: *The language of political theory in early modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; y CASTRO LEIVA, Luis: “Teoría política y ética de la independencia”, en Luis CASTRO LEIVA, *Obras. Lenguajes republicanos*, vol. II, Caracas, Empresas Polar-UCAB, 2009, pp. 528-645. Sobre el derecho natural como lenguaje político, véase CHIARAMONTE, José Carlos: *Nación y Estado en Iberoamérica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004, y, por último, BLANCO RIVERO, José Javier: “El lenguaje de la ciencia política en *El Observador Caraqueño*, 1824-1825”, en *Memoria de las VIII Jornadas de Historia y Religión. Imprentas y Periódicos de la emancipación. A dos siglos de la Gaceta de Caracas*, Caracas, KAS-UCAB, 2009, pp. 147-174.

²² Para mayor detalle, véase BLANCO RIVERO, José Javier: *¡Refórmese el Gobierno y los individuos se reformarán!* pp. 115-132.

determinaciones de sentido de las estructuras semánticas generación/degeneración, cuerpo/alma, razón/pasión y ser/no ser.

Podemos notar que entre los lugares comunes señalados la contradicción entre la reforma del gobierno y la reforma del individuo no es la única. La perfectibilidad del hombre entra en tensión con la inmutabilidad de la naturaleza humana, ya que el primer supuesto —como ocurrió en los totalitarismos del siglo XX— ha conducido a la pretensión de transformar la naturaleza humana, una regeneración radical que arranque de raíz los vicios del hombre y le haga un ser apto para la nueva sociedad²³. La ciencia —o el empleo de argumentos supuestamente científicos— ha jugado en esta pretensión un rol deleznable: la tesis de una raza superior, por ejemplo²⁴. Por último, la pretensión de que la ciencia puede de alguna manera evitar la corrupción moral de las ciudades y conducir al hombre a la felicidad, ha evolucionado también en la aspiración de que el hombre puede imitar a la naturaleza en lo que tiene de más excelso: la creación²⁵.

Todas estas tensiones o contradicciones han observado su despliegue en el trascurso de la historia de Occidente. Cada una también a un ritmo y a una velocidad distinta y todas de una u otra manera se mantienen vigentes hoy día. Y todas ellas mantienen también una relación recíproca; se mueven por distintos ámbitos de la vivencia y de la acción humana, pero confluyen inexorablemente en lo político y han dejado su huella en conceptos como reforma, revolución y utopía.

El discurso reformista puede resumirse así en la pretensión del hombre de convertirse en alfarero de sociedades.

Los discursos, como hemos argumentado en otro lugar, constituyen un nivel de realidad inter y supra textual²⁶; un texto determinado puede albergar varios de ellos de manera abigarrada y hasta contradictoria. Pero no solo podemos encontrar al discurso reformista mezclado con otros, sino que encontraremos postulados del discurso reformista explayados en otros discursos; digamos que el discurso reformista tiene distintas formas de aparición que dependen de varias tradiciones de escritura, lectura,

²³ Véase ARENDT, Hannah: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 2004.

²⁴ Véase CASSIRER, Ernst: *El mito del Estado*, FCE, 1974.

²⁵ Véase BLUMENBERG, Hans: “Imitación de la naturaleza. Acerca de la prehistoria de la idea del hombre creador”, en Hans BLUMENBERG, *Las realidades en que vivimos*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 73-114.

²⁶ BLANCO RIVERO, José Javier: “Teoría de los sistemas e historia de las ideas. Aportes sistémicos al debate de historia de las ideas”, p. 99. Pues, como decíamos, los textos hablan en esperanto, es decir, en una mezcla de lenguajes políticos.

crítica y re-escritura entre determinado número de obras publicadas; tradiciones que cruzan continentes e idiomas y que forman un acervo cultural común. De igual modo, resulta importante destacar cómo las enunciaciones en determinados discursos pueden tener implicaciones lógicas en otros, es decir, los discursos pueden concatenarse.

Estos discursos son cuatro fundamentalmente: el del derecho natural, el de la ciencia política, el del constitucionalismo y el del republicanismo. Del derecho natural, un postulado que será de grandes consecuencias para el discurso reformista, se trata de la ruptura del pacto social. Las implicaciones que de ello se siguen no solo serán que debe restablecerse el contrato social, sino que serán interpretadas también como la ocasión para implementar las reformas necesarias y superar y corregir los vicios que ocasionaron la disolución del mismo. De la ciencia política destaca el supuesto de que el hombre en el siglo XVIII había alcanzado conocimientos desconocidos para los antiguos, como el de la representación política, y que esos saberes le permitían organizar a las sociedades de acuerdo a un conjunto de principios deducidos de la naturaleza, que aplicados correctamente conducirían a la felicidad social y a la prosperidad. De aquí se deriva una consecuencia crucial en la discursividad reformista, a saber, que uno de esos inventos de la ciencia política de la época permite la reforma tanto del gobierno como de los individuos: la constitución. El constitucionalismo especula sobre la naturaleza humana y las relaciones que esta guarda con el clima, la sociedad, las costumbres y las leyes que han de regir esa sociedad. En cierta medida, contrapuesto al discurso republicano, el constitucionalismo apela a la ley como un dique para contener el vendaval de pasiones humanas, mientras que republicanamente el objeto de la ley era sembrar virtudes. Finalmente, el republicanismo establece que la educación representaba uno de los medios más eficaces para reformar las costumbres y hacer del individuo un verdadero ciudadano. Igualmente, el republicanismo señala a la corrupción moral de las sociedades como la culpable de todos los males y exige automáticamente la reforma de las partes degeneradas de la sociedad: mediante la revolución si es el gobierno, a partir de la reforma de las costumbres si se trata del pueblo.

3. Reproducción del discurso, identidades y diferenciación sistémica

El discurso reformista, en sus variantes discursivas y en su concatenación lógica con las mismas, no solo tiene una larga historia sino que su ámbito de validez cultural se

extiende por todo el mundo occidental. Una primera delimitación temporal la encontramos en el hecho de que los discursos del republicanismo, de la ciencia política, del derecho natural y del constitucionalismo emergen casi todos a partir de los siglos XVII y XVIII. Y particularmente a mediados del siglo XVIII el reformismo se hace presente como una tendencia intelectual y política en las cortes de casi toda Europa.

Es así que cruzando idiomas y fronteras el reformismo se convirtió en un “modo de pensar” la política, algo que se volvía natural, lógico, necesario. Pero al mismo tiempo el discurso reformista era lo suficientemente adaptable como para asir diferencias de vivencias, de costumbres, de situaciones, entre otras. En fin, su éxito se debía a su capacidad de generalizar al tiempo que dejaba espacio para lo particular o, dicho de otra manera, permitía generalizar lo particular, lo diverso, la otredad.

Naturalmente el discurso reformista tiene estrecha conexión con la literatura costumbrista y no poca influencia ha tenido también en él el género literario de relatos de viajeros, sobre todo aquellos acerca del nuevo mundo, que encendían la imaginación²⁷. Pero no hay que dejar de lado que la teología cristiana también está fuertemente marcada por esas estructuras semánticas del campo semántico naturalista. El discurso judeo-cristiano es típicamente reformista, puesto que partiendo del diagnóstico de la degeneración moral del hombre y del mundo, anuncia la llegada de un mesías que redimirá al hombre; Jesucristo, nuestro salvador, regresará a juzgar a vivos y a muertos; es así que tras el día del juicio final el mundo quedará libre de pecado. El luteranismo, el calvinismo, el jansenismo, todos ellos eran concebidos como fuerzas regeneradoras que habrían de enmendar los errores y erradicar los vicios que corroían a la Iglesia católica. De esta manera pretendían obrar una reforma moral sobre el hombre y su mundo.

En definitiva, el discurso reformista se ha expandido por un amplio segmento de la producción discursiva de la cultura occidental. El problema al que nos enfrentamos es cómo hacer frente a toda esta complejidad, cómo ubicar nuestra pequeña narrativa histórica en este inmenso océano del acontecer y no solamente cómo establecer límites sino también relaciones. En fin, cómo domesticar esa complejidad sin negarla al mismo tiempo, sin hacer de ella una mera abstracción, sin ignorar su incidencia en la

²⁷ Véase, por ejemplo, MONTESQUIEU: *Cartas Persas*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, y HUMBOLDT, Alexander von: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1956.

determinación de las variables que hemos abstraído de la totalidad fenomenológica del mundo. Ése es el reto.

Teóricamente intentamos abordar este problema distinguiendo entre sistema y entorno y echando mano del concepto de diferenciación²⁸. En primer lugar, fijamos las referencias sistémicas: tenemos un sistema social que aún para el siglo XVIII y principios del XIX no es aún un sistema mundo²⁹ —aunque ya las condiciones para ello vienen fermentándose desde la expansión colonial europea a partir del siglo XVI— y que podemos denominar *sistema social occidental*. Este sistema abarca a Europa, parte del Mediterráneo y a América en su totalidad. En su seno se reproducen las comunicaciones del discurso reformista. Pero este sistema está diferenciado en distintos subsistemas. El patrón guía para esa diferenciación es la *organización del poder en unidades político-territoriales* que ya para el siglo XVIII llamamos Estados y que durante el siglo XIX evolucionarán en Estados nacionales³⁰. En segundo lugar, nos corresponde determinar qué es lo que desde el punto de vista semiótico y semántico permite, ocasiona y acompaña esta diferenciación de organizaciones de poder.

Para responder brevemente, son las *identidades* las que hacen girar en torno a sí un conjunto de símbolos y discursos que permiten al nuevo sistema reproducirse autopoieticamente y distinguir entre sí y sus entornos³¹. Y es justamente este proceso el que pretendemos describir a continuación.

La monarquía española para mediados del siglo XVIII era uno de los imperios más grandes del mundo. Su tamaño y su creciente debilidad ante la emergencia de nuevas potencias como Inglaterra y Francia, obligaron a la Corona a considerar emprender un conjunto de “reformas” para mejorar su situación³². Pero ¿qué se entendía por reforma y qué estaba detrás de ello? Existe otra forma de uso del verbo “reformular”

²⁸ Para mayor detalle, LUHMANN, Niklas: *Sistemas sociales*, Barcelona, Anthropos, 1998.

²⁹ Hablamos en términos de un sistema social mundial integrado por la producción y reproducción de comunicaciones, ver LUHMANN, Niklas: *La sociedad de la sociedad*, México, Herder, 2008; y no de una integración capitalista de la economía mundial, cfr. WALLERSTEIN, Immanuel: *Análisis de sistemas-mundo*, México, Siglo XXI, 2005.

³⁰ TORRES NAFARRATE, Javier: *Luhmann: la política como sistema*, México, FCE, 2004, pp. 211-242.

³¹ LUHMANN, Niklas: “Identitätsgebrauch in Selbstsubstitutiven Ordnungen, besonders Gesellschaften“, en Niklas LUHMANN, *Soziologische Aufklärung 3. Soziales System, Gesellschaft, Organisation*, Wiesbaden, VS Verlag, 2005, pp. 228-261.

³² Véase, entre otros, HALPERIN DONGUI, Tulio: *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

aún no señalada: significaba corregir un acto administrativo viciado o enmendar una ley que producía los efectos contrarios a los deseados. Pero tras los proyectos de reforma de la monarquía española se escondían pretensiones mucho más ambiciosas que las de enmendar algún acto administrativo: se trataba de darle una nueva forma a toda la monarquía; se pensaba que se debía recuperar un principio vital perdido; estaba en juego evitar su inminente degeneración. Y en todo ello también estaba de por medio la necesidad de recabar la mayor cantidad posible de recursos de América, de sujetar a un mayor control a sus funcionarios en el Nuevo Mundo y de recuperar su ascendiente y su prestigio en el concierto europeo.

Fundamentalmente a través de las reformas de Carlos III, el lenguaje reformista se expandió por América, aunque ya a través de las universidades se continuaban las tradiciones que desde la filosofía escolástica, la misma teología y la enseñanza de nuevas ciencias como la física, nutrían al discurso reformista³³. De manera que cuando en 1808 repentinamente implosiona la estructura de poder del Imperio español, quedando un cascarón que viene a ser ocupado por las autoridades francesas, ya los americanos disponían de un marco conceptual con el que darle sentido a los acontecimientos³⁴.

En la misma metrópoli, el discurso reformista jugó un rol importante a la hora de darle sentido a los confusos acontecimientos que invadían la escena pública y a todos preocupaban. Esto lo podemos evidenciar al diagramar un conjunto de temas que se hicieron comunes en el debate público, algunos ya presentes desde antes, pero atizados con mayor violencia en esta ocasión por la invasión francesa.

Estos son los temas presentes en el debate público que dejan a las claras su raíz reformista:

- a) ¿Está corrupta la España?
- b) Si lo está, ¿lo está su pueblo o su gobierno? Y si lo están ambos ¿de dónde provino la raíz de la corrupción? ¿de los vicios del pueblo, del gobierno o de la constitución española?
- c) Si España está corrupta ¿quién debe reformarla? ¿Puede hacerlo Napoleón o deben hacerlo los propios españoles?

³³ Para el caso de la difusión del discurso ilustrado en la Universidad de Caracas, véase PARRA-LEÓN, Caracciolo: "Filosofía Universitaria", en Caracciolo PARRA-LEÓN, *Obras*, Madrid, Editorial J.B., 1954, pp. 285-432.

³⁴ El carácter eminentemente político y coyuntural de las revoluciones iberoamericanas ha sido subrayado por François Xavier GUERRA, *Modernidad e Independencia*, Madrid, Mapfre, 1992.

- d) Y ¿cómo debe emprenderse la reforma de las costumbres de los españoles y del gobierno monárquico de España?
- e) Si España no está corrupta, entonces lo está la Francia, la cual dispersa las semillas del despotismo por Europa³⁵.

Estos temas no dejarán de repercutir en la manera cómo los criollos americanos consideraban las ocurrencias de la Península y qué acciones debían acometer desde América para apoyar la causa de la patria. Fundamental es subrayar, que los criollos vivían en un entorno reformista y para el momento de la crisis de 1808 esperaban participar en la reforma de la monarquía española. Pero antes dejemos sentados algunos hitos que, como condición de la posibilidad de la reproducción del discurso reformista, resultan de interés para el caso venezolano.

La cuestión más obvia es que Venezuela misma, como Capitanía General creada en 1777, fue producto de una reforma ilustrada. Los territorios de Costa Firme —como se les denominaba antes de la fecha señalada y aún tiempo después— tenían una importancia marginal política y económica para la Corona, sin embargo, la creación de la Capitanía General de Venezuela obedecía a la necesidad de mejorar la administración de los dominios españoles, promoviendo el buen gobierno y la administración de justicia, así como para controlar el contrabando³⁶. Por otra parte, Venezuela jugaba su rol en el sistema defensivo de “llaves” implementado por Carlos III en el Caribe para proteger a la América hispana de las incursiones enemigas, sobre todo aquellas de los temibles ingleses³⁷.

La tensión entre las demandas de los criollos por mayor participación en la administración de los asuntos públicos y las pretensiones de la Corona de imponer la hegemonía peninsular en los cargos clave, cobró no pocas veces expresión —por parte de los descontentos criollos— en el estribillo “*Viva el Rey y muera el mal Gobierno*”³⁸. He

³⁵ Hemos desarrollado esto con más detalle en BLANCO RIVERO, José Javier: *¡Refórmese el Gobierno y los individuos se reformarán!* pp. 146-167.

³⁶ MCKINLEY, Michael: *Pre-revolutionary Caracas. Politics, economy and society 1777-1811*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

³⁷ Véase THIBAUD, Clément: *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia de Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta-IFEA, 2003; y FALCÓN, Fernando: “La Política Militar de Carlos III y su impacto en el Proceso de Independencia de Venezuela”, en *Mundo Nuevo*, Julio-Diciembre, Universidad Simón Bolívar, 1994.

³⁸ Frase esgrimida sobre todo en las revoluciones comuneras. Sobre el caso neogranadino, véase LEDDY PHELAN, John: *El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2009. Leddy Phelan demuestra cómo la revolución comunera no pretendía trastocar el

aquí la motivación que impulsó a la petición de reformas: reforma de leyes y de abusos concretos por parte de algún funcionario a quien se le tildaba de tirano; exigencias de reparación por agravios causados al honor de algún don; en fin, nunca antes de 1808 se plasmaron peticiones de reforma general, sino que se trataba de solicitudes dirigidas al Rey para reformar abusos cometidos por los funcionarios de la Corona.

Un caso interesante de petición de reformas —por estar en consonancia con el cada vez más difundido espíritu ilustrado y desmarcarse de la tendencia señalada— era aquel representado por Simón Rodríguez, quien manifestaba la necesidad de mejorar la instrucción pública de primeras letras (1794)³⁹. Miguel José Sanz en su *Informe sobre la Educación Pública*, por su parte, realiza una severa crítica moral al orden estamental, que deja entrever la necesidad de una reforma en la educación, para así regenerar las costumbres del pueblo y conducir a la sociedad por la senda de la felicidad⁴⁰. El mismo autor, en un discurso pronunciado durante la instalación de la Real Academia de Derecho Público y Español (1790), hace gala de sus conocimientos en derecho natural, cuyos conceptos articularán más tarde las aspiraciones políticas de los llamados patriotas⁴¹.

No obstante, el discurso reformista en su máxima expresión radical se encuentra en los papeles de la conspiración develada de Manuel Gual y José María España. La pluma de Picornell nos da a conocer por primera vez en Venezuela una argumentación que exhibe un conjunto de lugares comunes que formarán parte del léxico político de los patriotas y cuya resonancia retumbará mucho más allá del largo periodo de lucha emancipadora. Veamos.

Primero, el diagnóstico de la situación:

Innumerables delitos, execrables maldades, han cometido siempre los reyes en todos los Estados; pero con ningún pueblo se han excedido más que con el Americano. Aquí es, donde mejor han puesto en ejecución las máximas de su depravada política, y de su corazón perverso; aquí donde

orden social, sino la intervención del Rey para el reparo de determinadas injusticias, fundamentalmente en lo relativo con el recién establecido monopolio del tabaco.

³⁹ Véase FERNÁNDEZ HERES, Rafael: *La educación venezolana bajo el signo de la Ilustración, 1770-1870*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1995.

⁴⁰ SANZ, Miguel José: “Informe sobre Educación pública durante la Colonia”, en *Testimonios de la época emancipadora*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1961, pp. 206-211.

⁴¹ SANZ, Miguel José: “Discurso pronunciado en el acto de la solemne instalación de la Real Academia de Derecho Público y Español el 8 de diciembre de 1790”, en *Testimonios de la época emancipadora*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1961, pp. 184-189.

más han abusado de la ignorancia y bondad de los hombres [...]. No contentos con haber estado sordos, cuando la conquista, a la voz de la razón, de la justicia, y de la naturaleza, han continuado del mismo modo hasta el presente. En todas las pragmáticas y órdenes del gobierno, si se examinan con cuidado, no se observa más que dolo y engaño, no se advierte otro objeto, que el de empobrecernos, dividirnos, envilecernos y esclavizarnos [...] ¿No encontramos en cada audiencia, en cada gobernador, comandante, corregidor, alcalde, o teniente, en lugar de un padre que nos defienda y proteja, un hombre malvado, corrompido, que vende la justicia, oprime al inocente y sacrifica al pueblo? [...] Con tanto impuesto [...], con tanta traba ¿no se halla la agricultura perdida, el comercio arruinado [...]. Todo el fruto de nuestras propiedades, de nuestra industria, y de nuestro trabajo, ¿no se lo lleva el Rey y sus empleados? [...] Lejos de fomentar la buena formación de nuestras costumbres ¿no han procurado por todos los medios posibles la corrupción de ellas? [...] ¿Puede llegar a más el exceso de la tiranía y el despotismo? Confiécese que nuestra suerte es más desgraciada que la del esclavo más mísero; que somos, y hemos sido siempre tratados [...] no como hombres, sino peor que bestias [...], nos han envilecido de tal modo, que nos han hecho perder, hasta la idea de la dignidad de nuestro ser⁴².

Observamos entonces un estado de postración y sometimiento que deprava al ser y lo envilece. La fuente de este mal es ajena al hombre americano, se trata de un dominio producto de la violencia de la conquista y desde entonces perpetrado a través del engaño y la ignorancia. Hecho el diagnóstico se receta la cura para los males del hombre americano; una consecuencia sencilla y lógica de lo que se lleva dicho:

Cerciorados de la inutilidad de los recursos suaves, ¿qué medio elegiremos, para liberarnos de tan insoportable esclavitud? No hay otro que el de la fuerza [...]. Las fuerzas que nos puede oponer el tirano, son muy pequeñas en comparación de las nuestras: sus tropas pocas y esclavas, las nuestras muchas y libres [...]. Vivamos en la firme inteligencia de que no podemos ser vencidos, sino por nosotros mismos; nuestros vicios solamente pueden impedirnos el recobrar nuestra libertad, y hacérnosla perder aún después de haberla logrado; permanezcamos pues siempre asidos a la virtud, reine entre nosotros la más perfecta unión, constancia y fidelidad y nada tendremos que temer⁴³.

Lo dicho implica que no es suficiente derrocar al gobierno: es necesario obrar una transformación completa del edificio social, porque sin virtudes el vicio echará por tierra todo lo logrado.

A la hora, pues, que se intente destruir el despotismo, es necesario que la revolución sea al mismo tiempo, moral y material; no es suficiente establecer otro sistema político, es necesario además, poner el mayor estudio en regenerar las costumbres para volver a todo ciudadano el conocimiento de su dignidad, y mantenerla en el estado de vigor y entusiasmo, en que le ha puesto la efervescencia revolucionaria, del cual caería indefectiblemente, si pasada la crisis no estuviese sostenido por un conocimiento positivo de sus derechos, por un amor ardiente de sus

⁴² “1797. Discurso preliminar dirigido a los americanos”, en Pedro GRASES, *Pensamiento político de la emancipación venezolana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2010, pp. 10-12.

⁴³ “1797. Discurso preliminar dirigido a los americanos”, pp. 13, 15.

deberes, por una abjuración formal de sus preocupaciones, por un desprecio razonable de sus errores, por la aversión al vicio, y por el horror al crimen.

Todo el arte para obrar una mutación tan feliz en las costumbres, consiste en aprovecharse del verdadero momento, o por mejor decir, en saber escoger la mejor disposición de los espíritus; esta disposición, este momento precioso, se encuentra en el primer acto de toda revolución. La efervescencia revolucionaria comunica a las pasiones la más grande actividad, y pone el Pueblo en estado de hacer todos los esfuerzos necesarios⁴⁴.

Nótese que la reforma de las costumbres se hace pasar por afectar el alma del hombre en un momento propicio para ello: en el de la efervescencia revolucionaria que atiza las pasiones y dispone al hombre a realizar cuantos sacrificios sean necesarios en pro de la causa. Se cree posible derribar de un solo trancazo las costumbres arraigadas por tanto tiempo si se aprovecha el momento justo: aquel de mayor sensibilidad espiritual. Y esto se logra estimulando la razón y la pasión, es decir, generando, a través del conocimiento o revelación de una verdad, una pasión que es el amor por la ley y la justicia —lugar común, éste, del discurso republicano—. Más allá de la estructura semántica generación/degeneración, es clara la operatividad en los enunciados citados de la estructura cuerpo/alma —donde se exhibe la tradicional superioridad ontológica atribuida al alma, la cual también puede ser sujeto de pasiones— y, por otra parte, la estructura razón/pasión.

Continúa el *Discurso Preliminar* insistiendo en la radicalidad de la reforma:

La reforma debe ser radical: no se debe tratar de reparar, sino de construir de nuevo: jamás se puede edificar sólidamente, sobre cimientos falsos; sería esto quererse hallar enterrado el mejor día, entre las ruinas de su misma obra. ¿De qué sirve trabajar en una reforma, para no hacerla perfecta? En cometiendo esta falla, se hace el mal cien veces más funesto; pues se le perpetúa por las leyes mismas, que debían exterminarle. La perversidad, o es sino el efecto ordinario de un régimen vicioso: es pues necesario establecer otros principios, y dar al gobierno otra dirección, para que las cosas tomen un semblante diferente. La experiencia ha demostrado que las leyes y las costumbres absurdas, son las que desfiguran al hombre de su estado natural; siendo esto constante, solo destruyendo estas leyes y estas costumbres, se podrá restituir el hombre a su estado primitivo, y encamilarle al bien⁴⁵.

Hagamos énfasis en la última oración puesto que contiene una determinación fundamental dentro del concepto de reforma: restituir al hombre a su estado primitivo. Se supone que reformar significa regenerar, restablecer lo que se había corrompido, aquello que había pasado de su estado natural a un estado adulterado. No en balde se asocia la regeneración del hombre a la restitución de su verdadera esencia y ¿cuál ha de

⁴⁴ “1797. Discurso preliminar dirigido a los americanos”, pp. 17-18.

⁴⁵ “1797. Discurso preliminar dirigido a los americanos”, p. 19

ser esa sino la más antigua? Es interesante también notar cómo la cercanía a lo natural se asocia con lo puro, con el origen de todas las cosas, mientras que lo artificial es, si no manifestación, al menos conducto a la degeneración. De manera pues, que la regeneración moral y material de la sociedad debe ser expresión del hombre natural.

Para finalizar con el análisis de este discurso, vale la pena señalar la añadidura de una consideración de importancia: ¿qué lugar tienen en el nuevo orden aquellos que defendieron el viejo?

El primer cuidado de los legisladores, que trabajan en la regeneración de un país, debe ser pues, el de no exponer al Pueblo a los furores de unas disensiones intestinas semejantes; y esto no se puede conseguir, sino publicando inmediatamente su nueva forma de gobierno, y arrojando fuera del seno del cuerpo social, a todas aquellas personas reconocidas por enemigos del nuevo sistema [...]. El destierro de unas gentes tan corrompidas e incorregibles, asegura la libertad, y evita la pérdida y muerte de muchos millares de ciudadanos útiles y virtuosos. La regeneración de un Pueblo no puede ser sino el resultado de su expurgación, después de lo cual, aquellos que quedan no tienen más que un mismo espíritu, una misma voluntad, un mismo interés, el goce común de los derechos del hombre, que constituye el bienestar de cada individuo⁴⁶.

Citamos este párrafo porque contiene una consecuencia radical, un argumento intrínseco a la lógica —o a la estructura autorreferencial— del discurso reformista cuyas determinaciones de sentido se impondrán a los actores históricos en más de una ocasión en la historia de Venezuela, a saber: la imposibilidad de regenerar a ciertas personas y la consecuencia necesaria de su destierro o de su aniquilación. En igual sentido, el supuesto de unidad de espíritu que se anuncia en esta enunciación, se convertirá en una pretensión que encontrará expresión acabada en el discurso republicano venezolano: una de sus formas de expresión más corrientes es la contrariedad a la formación de partidos por considerarlos facciones que lesionan la unidad y cohesión nacional, ya que no expresan el verdadero interés general sino el de algunos particulares.

El *Discurso Preliminar* resulta fascinante no solo por ser la primera articulación de un discurso reformista radical en Venezuela, sino que también va a tener gran repercusión en la praxis revolucionaria así como en el proceso de forjamiento de nuevas identidades que dará comienzo en 1810, y en particular, de una identidad nacional. Aunque esto que decimos no debe llevarnos a atribuir una influencia a este texto que quizá no tuvo; no es el texto como tal lo que vale rescatar, sino la articulación de un

⁴⁶ “1797. Discurso preliminar dirigido a los americanos”, pp. 20-21.

conjunto de lugares comunes y enunciaciones que, en virtud del campo semántico que las nutre y de las condiciones señaladas en nuestra conexión cultural con la metrópoli, pudieron producirse y reproducirse una y otra vez en múltiples variaciones de forma e intención y a través de distintos discursos.

A continuación discutiremos cómo el discurso reformista sirve para elaborar un mito fundacional que ha de justificar la existencia y legitimidad de una nueva unidad político-territorial. A partir de entonces el discurso reformista servirá para diagnosticar los males que afectan a esta nueva sociedad y brindará los recursos conceptuales para proponer soluciones y salidas. Naturalmente, como discurso da albergue a propuestas diversas y contradictorias y en ello reside justamente la utilidad de estudiar un discurso: se trata de desentrañar los códigos o convenciones lingüísticas que las personas del pasado usaban para comunicarse.

4. Paradoja y tautología

Como hemos señalado de pasada en varias ocasiones, los discursos tienen una estructura autorreferencial. ¿A qué nos referimos con esto? Podemos explicarlo de dos maneras. Toda *forma*, toda observación⁴⁷, es autorreferente puesto que, simplificando grandemente, toda definición está enmarcada por una distinción que selecciona la información y la presenta de determinada manera, remitiendo cada lado de la distinción implícita o explícitamente al otro lado, de modo que podría decirse que el que distingue puede encontrarse a sí mismo en su distinción; es así como la forma es autorreferente porque en su operatividad se supone a sí misma. Pero también podemos concebir a la autorreferencia, de nuevo simplificando, como la recursividad de las operaciones de un sistema, es decir, a la constante referencia a las operaciones previas y a la constante anticipación de estados futuros⁴⁸. Atendiendo a la universalidad del fenómeno de la autorreferencia, nos parece útil concentrarnos en el discurso porque es naturalmente en su facticidad donde se puede detectar la autorreferencialidad.

⁴⁷ Sobre el concepto de observación en la teoría sistémica, véase FUCHS, Peter: *Der Sinn der Beobachtung. Begriffliche Untersuchungen*, Weilerswist, Velbrück Wissenschaft, 2008.

⁴⁸ Para un tratamiento más profundo del problema de la autorreferencia, ver KAUFFMAN, Louis: "Self-reference and recursive forms", en *Journal of Social and Biological Structures. Studies in Human Sociobiology*, nº 10, Cuaderno 1, 1987, pp. 53-72, y LÖFGREN, Lars: "Autology for second order cybernetics", en *Fundamentals of Cybernetics*, Namur, Association Internationale de Cybernetique, 1983.

Como regularidad enunciativa los discursos exhiben identidades que nos permiten distinguirlos; éstas identidades funcionan como determinaciones de sentido, por ejemplo, como la denominación de un fenómeno, como la determinación de un problema, como la caracterización de un conjunto de vivencias, en fin, los discursos se identifican y generan identidades al circunscribir y circunscribirse en determinado ámbito de la acción y la vivencia humana —aquí los solapamientos son regla y no la excepción—; las identidades no son otra cosa que distinciones, las cuales pueden adquirir distintas formas, por ejemplo, pueden articularse lingüísticamente en distintos conceptos, a veces bajo la forma de oposiciones o dicotomías, otras bajo un concepto central; son estas diferencias que se desprenden de las identidades, las que expresadas lingüísticamente en la enunciación, dan pie a la emergencia de paradojas y tautologías. Y es en ambas donde se percibe la autorreferencialidad de una forma discursiva.

Muchas veces las paradojas se expresan de manera latente desde el instante que la enunciación se sabotea a sí misma, al traslucir una contradicción entre significado y sentido⁴⁹, entre ilocución y perlocución⁵⁰, entre notificación e información⁵¹. Las paradojas demandan una solución, puesto que niegan la posibilidad de que dos enunciados sean válidos al mismo tiempo. Es así como ésta empuja al refinamiento de la argumentación, al estiramiento de viejos conceptos para dar lugar a otros nuevos, a la producción de neologismos, en fin, la paradoja juega un rol dinámico en la producción de significaciones.

Las tautologías, por otra parte, suelen encontrar expresión manifiesta como enunciados sintéticos de estados de cosas muy complejos; sobre todo en la tradición judeo-cristiana aparecen como una forma de manifestar siempre algún misterio divino, aludiendo al tiempo al carácter incompleto, precario y dogmático de lo dicho. Pero las tautologías pueden servir también para revelar un misterio, para denunciar que tras cosas aparentemente distintas se esconde alguna unidad.

⁴⁹ Sentido entendido como diferencia entre acciones y vivencias actuales y potenciales y significado como condensación lingüística de sentido. Ver LUHMANN, Niklas: *Sistemas sociales*, Barcelona, Anthropos, 1998, pp. 77-112. La diferencia reside en la distancia o contradicción entre las estabilizaciones semánticas coaguladas en torno a un significante y lo que como acción y vivencia se presenta a la percepción.

⁵⁰ Ver AUSTIN John L.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1971.

⁵¹ LUHMANN, Niklas: "Metamorphosen des Staates", en Niklas LUHMANN, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, tomo 4, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999, pp. 101-137.

La paradoja latente en el discurso reformista consiste en lo siguiente: el pueblo regenera al gobierno y el gobierno al pueblo. No pueden regenerarse ambos simultáneamente, pues alguno debe estar corrupto y el otro no; si la reforma requiere insuflar virtud, buenas costumbres, recuperar la esencia perdida, ¿cómo puede partir este proceso de lo que o de quien está pervertido y degenerado? Y cuando el pueblo se corrompe, éste suele corromper también al gobierno, y cuando el gobierno se corrompe, ocasiona también la corrupción del pueblo, de modo que si todo el cuerpo social está corrupto, de nuevo, ¿de dónde ha de salir esa fuerza que lo regenere? Innegablemente se necesita del gobierno y de las leyes para llevar a cabo las reformas necesarias, pero ello no implica que las virtudes tengan que provenir necesariamente de quienes están en el gobierno. Existen dos alternativas que destraban la paradoja, derivándose de ellas implicaciones, y con esto capacidad de enlace y reproducción de la comunicación. Si el gobierno no está corrupto y el pueblo sí lo está, el primero toma medidas para reformar las costumbres del pueblo. Pero si el gobierno está corrupto y el pueblo no lo está, éste se alza en revolución y toma el poder para regenerar el orden social. Lo paradójico está en que el cuerpo social, aunque corrupto, halla dentro de sí de una u otra manera las fuerzas y los medios para regenerarse.

La cuestión es que esto no queda suficientemente explicado en ninguno de los lugares comunes señalados en el discurso reformista —aunque como veremos sí se presenta una solución al problema, a saber, la constitución—; sencillamente, se da por sentado que quien denuncia la corrupción no está corrupto y tiene derecho a emprender las reformas, o bien, se pone en evidencia la decadencia moral y material de la sociedad y se concentran las esperanzas en un gran héroe que vendrá a redimir al colectivo⁵².

Por otra parte, la tautología en este caso atendería a la siguiente formulación: el pueblo es el gobierno y el gobierno es el pueblo. Por tanto, la cuestión no sería quién

⁵² Bien podría alegar en este punto un historiador de las mentalidades o un psicoanalista que se trata de factores alojados en la psique colectiva que encuentran una expresión lingüística, mas no una elaboración intelectual; se trataría sencillamente de creencias, de mentalidades, de representaciones sociales más o menos in-conexas. Nosotros, en cambio, señalamos aquí la presencia y operatividad de la paradoja señalada. No se trata de que sea una paradoja demasiado evidente y como tal se presente como imposible de solucionar; eso paralizaría la comunicación; la paradoja suele permanecer oculta y latente, mas lo importante es la anticipación de su posibilidad, de una posible contradicción que gatilla la búsqueda de soluciones o que incentiva la producción de variaciones para evitar caer en contradicciones. Pero lo interesante es que aún así se producen las contradicciones, y no necesariamente en un mismo texto, sino en el cuerpo del discurso, en las implicaciones que se pueden seguir una vez que —al decir de Pocock— se ha aprendido a hablar el lenguaje político. Sobre esto último, véase POCOCK, J. G. A.: “Introduction. The state of the art”, en J. G. A. POCOCK, *Virtue, Commerce and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 1-36.

reforma a quién sino el simple hecho de la autoregeneración de un cuerpo social. En realidad, si lo miramos bien de cerca, la diferencia entre la tautología y la paradoja no es grande, se trata simplemente de dos formas distintas de expresar una misma contradicción⁵³. La expresión tautológica del problema que hemos señalado requiere un mayor nivel de reflexividad y de abstracción en su formulación: se trataría de señalar la unidad subyacente a la diferencia.

La forma discursiva democrática —gobierno popular es la expresión más corriente en la época estudiada— se presenta como una tautología, a saber, el pueblo que se gobierna a sí mismo. No obstante, este supuesto es inservible para la diatriba política una vez que se da por sentado que se está en democracia, pues debe ser posible criticar a quienes gobiernan y ello no se puede hacer suponiendo la igualdad entre pueblo y gobierno. Es decir, esa unidad una vez representada debe disolverse de nuevo en diferencias para poder reproducir la comunicación. Esto se logra cuando la forma tautológica de la contradicción capturada bajo el concepto de democracia o gobierno popular permite el enlace con otro tipo de discursos, bien sea ajenos al reformista o bien indirectamente implicados con él. Por ejemplo, uno de esos discursos sería el republicanismo: se acusa a quienes detentan el poder de emplearlo tiránicamente, y por tanto, de atentar contra la libertad. La implicación de este enunciado es que si un gobierno es tiránico hay que acabar con él y restablecer el gobierno republicano. Cuando se examinan las condiciones de ese restablecimiento —de nuevo siguiendo las implicaciones de lo enunciado— se cae en el discurso reformista, puesto que se alude a una reforma de las costumbres para corregir los vicios que condujeron a la perversión del sistema —estos patrones discursivos se pueden observar con mucha claridad durante los años 1844-1846—.

Pues bien, ahora mostraremos cómo la paradoja del reformismo condicionaba lo que se podía decir y escribir sobre los problemas que acosaron a Venezuela a partir de 1808.

4.1. De una regeneración moral y política a la constitución de una república independiente, 1808-1811

⁵³ Sobre la relación entre paradoja y tautología en los sistemas sociales, véase LUHMANN, Niklas: "Tautologie und Paradoxie in den Selbstbeschreibungen der Gesellschaft", en *Protest*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1996, pp. 79-106.

La orfandad política en la que cayó la Capitanía General de Venezuela y América toda tras la reducción del ejército español a la Isla de León, llevó a los americanos a creer que todo estaba perdido en la Península, que la monarquía española había perecido por sus propios vicios⁵⁴, pero que podría renacer en América; el nuevo continente era considerado como la salvación para la vieja Europa; en el mundo nuevo se forjaría el hombre nuevo, y a este mito apelaron los criollos. Así nació de repente una historia patria que hacía datar la existencia de Venezuela hasta antes de la conquista⁵⁵, cosa que si bien a todas luces era un absurdo, nos delata la necesidad de forjar nuevas identidades, narrativas y mitos que sirviesen para trazar y defender simbólicamente los límites del nuevo Estado, proceso en cuyo decurso la guerra jugó un papel poco marginal⁵⁶. Paralelamente se hablaba de que se había obrado una transformación y regeneración política de Venezuela⁵⁷. ¿Qué se quería decir con esto?

Tras una primera tentativa de formar una Junta en Caracas al modo como se constituyeron espontáneamente en la Península en 1808, la Capitanía General de Venezuela reconoce a la Junta de Sevilla, que se arrogaba la representación del reino, y posteriormente a la Junta Central, la cual constituía una tentativa de coordinar el esfuerzo de guerra y de asumir la provisionalmente la soberanía de la monarquía⁵⁸.

Esta Junta Central preparaba la representación nacional para perfeccionar la soberanía nacional convocando a Cortes, en donde participarían representantes de todo el reino. Éste era un hecho novedoso y sin precedentes en la monarquía española, ya que

⁵⁴ “La Suprema Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII en Venezuela: a los cabildos de las capitales de América”, en *Textos Oficiales de la Primera República de Venezuela*, tomo I, Caracas, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982, pp. 117-119. “Contestación del Sr. Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, Dr. Cristóbal Mendoza”, en *El Publicista de Venezuela*, nº 4, 01-08-1811.

⁵⁵ “Independencia de Venezuela”, en *Gaceta de Caracas*, 09-07-1811, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, tomo III, Caracas, 1983.

⁵⁶ Véase THIBAUD, Clément: *Repúblicas en armas*.

⁵⁷ *Gaceta de Caracas*, 27-04-1810, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, tomo II, Caracas, 1983.

⁵⁸ Para mayor detalle, LEAL CURIEL, Carole: “Juntistes, tertulianos et congresistas: sens et portée du public dans le projet de la Junte de 1808 (Province de Caracas)”, en *Histoire et sociétés de l’Amérique latine*, nº 6, noviembre 1997, pp. 85-107; “Del juntismo a la Independencia absoluta: la conversión de una élite (1808-1812)”, en *Las Juntas, las Cortes y el Proceso de Emancipación (Venezuela, 1808-1812). Memoria de las IX Jornadas de Historia y Religión*, Caracas, KAS-UCAB, 2010, pp. 21-44; QUINTERO, Inés: *La conjura de los mantuanos: último acto de fidelidad a la Monarquía Española*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2002; y HÉBRARD, Veronique: “Les juntes de Caracas (1808). Le heurt de deux imaginaires ou la lecture contradictoire d’une conjoncture”, en *Cahiers des Amériques latines*, nº 26, París, AFSSAL, 1997, pp. 41-66.

no atendía a las fórmulas medievales de representación política y estamental⁵⁹. Pero los acontecimientos militares y políticos de 1810 la hicieron disolver y se conformó en su lugar una Regencia. La expectativa que se había generado a partir de las comunicaciones de las improvisadas autoridades peninsulares —tanto de la Junta Central primeramente, como de la Regencia posteriormente— de participar en pie de igualdad en la representación nacional de la soberanía, así como la ausencia de representación legítima por parte de América en la Regencia, llevó a los caraqueños a rechazar el acto de reconocimiento exigido por esta corporación. Se alegaba que los americanos participarían en la reforma de la monarquía, asunto tan urgente y tantas veces postergado, últimamente, por la perfidia y corrupción de Godoy. Y ahora, incluso tras el denodado patriotismo que creían haber exhibido, se sentían ultrajados por la petulante actitud de la Regencia.

Nace así una Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII a partir de un diferendo en torno a cuál corporación o corporaciones podían legítimamente asumir los derechos de soberanía en ausencia del Rey, y ello en un contexto donde se asumía que la reforma de la monarquía era una cuestión necesaria e impostergable y donde, más allá, la propia novedad de la situación suponía el ejercicio de nuevas praxis políticas. Automáticamente, la pregunta por la forma de representar la unidad de la monarquía y a quién le correspondía el ejercicio de la máxima autoridad entre las corporaciones públicas que la integraban, derivaba en la interrogación sobre el origen de la soberanía. El proceder de la Junta de Caracas se va a justificar alegando la reversión de la soberanía a los pueblos, ante la ausencia del simulacro de soberanía que mantenía unido al imperio por medio de la lealtad prestada al Rey por todas las corporaciones y pueblos bajo su dominio⁶⁰; pero también se alegaba que se asumía la soberanía para evitar que los franceses la usurparan. Esto enfrentaba a los caraqueños a darse su propio gobierno.

Sin embargo, el discurso manejado presentaba un conjunto de contradicciones que daban testimonio de lo compleja y ambigua que resultaba la situación. Recuperábamos la soberanía que habían usurpado los españoles, quienes además nos

⁵⁹ Para una historia intelectual de la representación, véase PITKIN, Hanna: *El concepto de representación*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985; MANIN, Bernard: *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; y BLACK, Antony: *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁶⁰ “Instalación de la Junta Suprema de Venezuela en el glorioso día de 19 de abril de 1810”, en *Textos Oficiales de la Primera República de Venezuela*, tomo I, Caracas, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982, pp. 99-103.

habían gobernado despóticamente, pero en nuestro primer ejercicio de soberanía decidimos conservársela al legítimo Rey Fernando VII. ¿Cómo explicar esto?

Esta era una contradicción palmaria, pues si el pueblo recuperaba su soberanía es porque le pertenecía, y si le pertenecía no podía conservársele en depósito a otro, pues la figura jurídica del depósito, tanto en derecho civil como en el político, se empleaba para aquellos casos en los que se asumía la tenencia temporal de un bien o atributo cuya propiedad no se tenía⁶¹. Esta contradicción solo se puede leer en la clave del discurso del derecho natural⁶², la cual una vez hecha patente obligaba a ser subsanada o desparadojizada. Y esto se hizo en las hojas del *Mercurio Venezolano*, redactado por Francisco Isnardi, donde se afirmaba, ya para 1811, que si le conservamos la soberanía a Fernando VII fue porque quisimos, esperando que la escuela del infortunio lo hiciera un buen Rey⁶³.

Por otra parte, también existía lo que se ha denominado el discurso de la fidelidad⁶⁴, el cual condensaba imaginarios, representaciones, fórmulas y retóricas incardinadas en el campo semántico libertario, una de cuyas estructuras semánticas es aquella entre dependencia e independencia. El discurso fidelista parte de la dependencia como algo bueno, deseable, prescrito según los designios divinos y el orden dado por Dios al mundo y al universo⁶⁵. Desde este punto de vista, naturalmente, existían fuertes creencias y costumbres que hacían de la lealtad algo honesto y natural, además de moral y religiosamente correcto. Pero no existía forma de asir la novedad de lo que estaba pasando a partir de los conceptos de este discurso.

De esta manera, el tema de la reforma de la monarquía permitía circunstancialmente asumir la lealtad a la corona a la vez que se planteaba el problema

⁶¹ Véase en el caso del derecho político, BODIN, Jean: *Los seis libros de la República*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, tomo I, 1992, p. 267; y en el del derecho civil, HEINECCIO, Johannes Gottlieb: *Elementos del Derecho Natural y de Gentes*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro a cargo de Alejandro Gómez, 1837. Disponible en google.books.com [Consultado el 14 febrero de 2012].

⁶² Entendido como discurso, por tanto, yendo más allá del supuesto de la existencia de leyes naturales y de facultades naturales previas a la sociedad y al Estado; y abarcando un conjunto de conceptos y supuestos que acompañan a la argumentación una vez que se asumen aquellos postulados. Se trata, no solo de una forma histórica de catalogar las fuentes del derecho —derecho natural, divino y civil—, sino también del espíritu de sistema dominante en el campo jurídico durante la época.

⁶³ “Cortes de España”, en *Mercurio Venezolano*, febrero de 1811, nº II.

⁶⁴ LEAL CURIEL, Carole: *El discurso de la fidelidad. Construcción social del espacio como símbolo del poder regio (Venezuela, siglo XVIII)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.

⁶⁵ Sobre el concepto de orden en Venezuela, véase LEAL CURIEL, Carole: “La revolución del orden: el 19 de abril de 1810”, en *Revista Politeia*, nº 43, vol. 32, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, UCV, 2009, pp. 65-86.

de su regeneración; la reforma limaba las contradicciones y conciliaba el cambio con las tradiciones. Pero fue entonces que a través del mismo discurso reformista se pasó del legitimismo, que obligaba a guardar lealtad a la monarquía, a sacar conclusiones más radicales cuya consecuencia inevitable era la independencia.

Esta cuestión ha generado candentes debates en nuestra historiografía, donde los argumentos han oscilado entre la tesis de la mascarada de Fernando y el cambio súbito de lealtades o la conversión de una élite política; más recientemente se ha subrayado que la discusión en el Congreso de Venezuela y el discurso allí empleado condujo, como algo lógico, a la declaración de independencia⁶⁶. Pero resulta un lugar común en los textos que abordan el tema distinguir entre autonomía e independencia absoluta, con lo cual no existiría en principio ningún problema si se distinguiese adecuadamente entre los conceptos históricos y las categorías historiográficas y si se acudiese a los recursos conceptuales y teóricos disponibles para la época. El problema es que el concepto de autonomía no está registrado en el *Diccionario de la Lengua española* sino hasta 1869, y cuando se estudian los documentos de la época —fundamentalmente en el ámbito geográfico que nos compete, Venezuela—, su uso oscila entre la marcada escasez y la inexistencia. La ambigüedad imperante se concentraba entonces en el concepto de independencia, sin embargo, una historia conceptual del referido concepto tampoco marca grandes diferencias en cuanto a nuestra comprensión del problema⁶⁷. Y es que las claves para comprender la manera en que se articulaban los discursos se encontraban en la teoría medieval de las corporaciones y en los principios del derecho natural y de gentes⁶⁸.

De modo que desde el discurso del derecho natural se disponía de los recursos analíticos para comprender que la monarquía española estaba integrada por varias corporaciones públicas, heterogéneas entre sí, unidas por vínculos de lealtad a la

⁶⁶ LEAL CUIRIEL, Carole: “¿Radicales o timoratos?: la declaración de independencia absoluta como una acción teórica-discursiva (1811)”, en *Revista Politeia*, nº 40, vol. 31, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, UCV, 2008, pp. 1-18.

⁶⁷ Ver ALMARZA, Ángel: “Independencia, Venezuela 1770-1870”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Universidad del País Vasco, 2014, tomo II, vol. 4, pp. 209-221; y ALMARZA, Ángel: “Historia de un concepto. Independencia en Venezuela: 1770-1870”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas*, nº 137, Caracas, UCV, 2012, pp. 127-144.

⁶⁸ Para mayor detalle, véase BLANCO RIVERO, José Javier: “Independencia y autonomía (1808-1811). Breves consideraciones históricas y metodológicas”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas*, nº 137, Caracas, UCV, 2012, pp. 145-169.

Corona y a la dinastía borbónica. Es así como las distintas posibilidades de concebir la *vacatio regis* tras la prisión de la familia real y de proponer arreglos institucionales estaban enmarcadas en las teorías del derecho natural y de gentes, así como en la tradición jurídica medieval española, en cuya historia la doctrina de la soberanía popular y la soberanía señorial se habían alternado, conduciendo a una contradicción patente al presentarse simultáneamente ambas pretensiones en 1808⁶⁹. Pero también permitía el discurso del derecho natural esgrimir el principio de que todo cuerpo debe tender a su propia conservación, por lo que, hallándose entonces Venezuela mal gobernada y últimamente huérfana, la justicia y la razón natural recomendaban su autogobierno.

Fue así como, echando mano del famoso documento emitido por la Regencia, que nos elevaba a la dignidad de hombres libres al tiempo que repudiaba el despotismo con que habíamos sido tratados en el pasado y nos convocaba a elegir nuestros representantes, se asumía el origen popular de la soberanía y se argumentaba que, justamente partiendo de tal dignidad, los americanos tenían derecho a decidir sobre su forma de gobierno y resolver a quién concederle y cómo administrar su soberanía⁷⁰. Venezuela decidía constituirse libre y soberanamente en una república federal⁷¹. Éste era el acto de regeneración política y moral al que se aludía: la recuperación de la soberanía y el ejercicio de la libertad.

Desde el discurso del derecho natural también se planteaba el siguiente problema: si los pueblos —sin tener claridad de qué constituía propiamente un pueblo— habían recuperado sus derechos de soberanía, Caracas entonces se había arrogado los derechos de soberanía de todos los demás pueblos de la Capitanía General

⁶⁹ Véase cómo en las comunicaciones de la Junta Central persistía esa ambigüedad entre las dos concepciones de soberanía en HOCQUELLET, Richard: “La publicidad de la Junta Central española (1808-1810)”, en Francois-Xavier GUERRA *et alia.*, *Los espacios públicos en Iberoamérica*, México, FCE, 1998, pp. 140-167.

⁷⁰ “La Junta Suprema de Caracas a los señores que componen la Regencia de España”, en *Textos Oficiales de la Primera República de Venezuela*, tomo I, Caracas, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982, pp. 130-135.

⁷¹ Naturalmente el problema de las formas de gobierno o de los pactos políticos formaba parte esencial de la literatura iusnaturalista, por lo que el debate en el Congreso sobre la forma de gobierno y sobre el sistema federal estuvo también marcado por la impronta del discurso del derecho natural. Véase, LEAL CURIEL, Carole: “Entre la división y la confederación, la independencia absoluta: problemas para confederarse en Venezuela (1811-1812)”, en Véronique HÉBRARD y Geneviève VERDO, *Las independencias hispanoamericanas. Un objeto de historia*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, pp. 199-212. Aunque pasa por alto el importante concepto de corporaciones públicas y cómo de la asociación entre ellas surgía el problema de la soberanía nacional y de la federación o confederación.

de Venezuela al constituir la Junta —que muchos llamaron precisamente Junta de Caracas—. Por ende, Caracas, consciente de ello, en la misma acta de constitución de la Junta prometía convocar un Congreso en el que concurriesen representaciones de todas las provincias. Paralelamente, la Regencia ejercía un bloqueo a las costas venezolanas exigiendo su inmediato reconocimiento en tanto ciudades como Coro y provincias como Maracaibo y Guayana se declaraban a favor de la Regencia⁷².

En este contexto, el discurso reformista no fue hegemónico. El discurso republicano emana tanto del campo semántico naturalista como del que hemos denominado campo semántico libertario, cuya estructura semántica directriz era aquella que distinguía entre dominación y no dominación. Este discurso tuvo también una impronta muy fuerte en nuestra historia republicana⁷³, y para el momento histórico que narramos fue aquel del que se formaron expectativas y discursos con los cuales se comprendió, racionalizó y enfrentó la rebeldía de Coro, Maracaibo y Guayana. Resumiendo los sucesos, la conclusión fue que había que hacerlos libres por la fuerza⁷⁴. Pero esta liberación era entendida propiamente como parte de la obra de transformación o regeneración de Venezuela, como la eliminación de aquellos elementos perniciosos del antiguo orden cuyo influjo, de continuar ejerciéndose sobre los pueblos, impediría que se obrase la regeneración proyectada.

En el ámbito más formal y jurídico que predominó en la constitución del Congreso de Venezuela, el discurso reformista adquirió un rol protagónico, aunque tampoco exclusivo. La simple convocatoria de una corporación que reuniera en su seno a un conjunto de representantes electos por criterios ajenos a los estamentales —es decir, bajo una praxis representativa moderna a imitación de la francesa y la norteamericana— develaba de por sí un hecho revolucionario. Es esta corporación, que se considera a sí misma depositaria de la soberanía nacional —una nueva soberanía de

⁷² Para mayor detalle sobre éste y otros problemas relacionados con la representación y la soberanía, véase HÉBRARD, Veronique: *Venezuela independiente: una nación a través del discurso (1808-1830)*, Madrid, Iberoamericano, 2012, pp. 55-180.

⁷³ Sobre los estratos de significado del concepto de república vigentes en la América independentista, ver THIBAUD, Clément: “Les trois républiques de la Terre Ferme”, en Véronique HÉBRARD y Geneviève VERDO, *Las independencias hispanoamericanas*, pp. 245-260.

⁷⁴ “La Suprema Junta de Venezuela a los habitantes de los distritos comarcantes de Coro”, en *Gaceta de Caracas*, 22-06-1810, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, tomo II, Caracas, 1983.

una nueva nación—, la que decide dar a Venezuela una forma de gobierno republicana y federal, declararse independiente de forma absoluta y darse una constitución⁷⁵.

La constitución era considerada como el logro más acabado de la ciencia política, junto con el principio de representación nacional⁷⁶. Se consideraba que la constitución permitía la reforma simultánea de las costumbres del pueblo y del gobierno, ya que las leyes fundamentales que contenía organizaban y ponían límites al poder al tiempo que establecían deberes y derechos consagrados a los ciudadanos. Este es un hito clave en la historia del discurso reformista porque representa una solución a su paradoja constitutiva: la promulgación de una constitución reformaba simultáneamente las costumbres del pueblo —y con ello, a los individuos— y al gobierno. Naturalmente con esto solo queda desplazada la paradoja a otro lugar, a saber, quién hace la constitución y cuáles eran sus cualidades morales.

Ahora bien, ¿quiénes se creían en la capacidad de reformar al gobierno y regenerar las costumbres del pueblo pervertidas por tres siglos de esclavitud? Existía un rol social que consideraban privilegiado para realizar esta tarea: el legislador. El conocimiento de la ciencia de la legislación le había revelado al hombre los resortes y principios que gobernaban la conducta del hombre en sociedad; los estrechos vínculos entre la naturaleza del hombre, la moral, las costumbres, la ley, y los efectos del clima sobre éstas, quedaban ahora esclarecidos. El legislador, obrando con sabiduría, podría entonces engendrar las leyes más a propósito para determinado pueblo, que garantizaran su libertad, felicidad y prosperidad. De esta manera, los criollos jugaban a ser grandes legisladores discutiendo sobre la mejor forma de organizar la república y era a ellos a quienes les correspondía la tarea de constituir a la república⁷⁷.

No obstante, no se consideró suficiente la mera promulgación de la Constitución. Había que darla a conocer; algunos pensaban que con solo revelarle al

⁷⁵ Véase HÉBRARD, Véronique: *Venezuela independiente*, pp. 105-131.

⁷⁶ Véase SKHLAR, Judith: “Alexander Hamilton and the language of political science”, en Anthony PAGDEN, *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 339-355; BLANCO RIVERO, José Javier: “El lenguaje republicano en Sièyes y Rousseau”, en *Revista Politeia*, nº 43, vol. 32, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, UCV, 2009, pp. 127-164.

⁷⁷ Esto atañe especialmente a Bolívar, véase CASTRO LEIVA, Luis: “La Gran Colombia: una ilusión ilustrada”, en Luis CASTRO LEIVA, *Obras. Volumen I. Para pensar a Bolívar*, Caracas, Fundación Polar-UCAB, 2005, pp. 46-172.

hombre sus imprescriptibles derechos abrazaría su libertad para jamás soltarla⁷⁸, mientras otros insistían en que debía ilustrarse al pueblo sobre los principios que sustentaban el nuevo gobierno, destruyendo así la ignorancia con la que se nos tuvo dominados y contribuyendo a la formación de ciudadanos sin cuyo celo patriótico no podría sobrevivir la república⁷⁹. Ilustración y educación iban entonces de la mano destruyendo vicios, erradicando la ignorancia y sembrando virtudes y buenas costumbres en el corazón de los hombres. He aquí de nuevo el discurso republicano y sus connotaciones reformistas.

Existía, sin embargo, una implicación negativa dentro del lugar común reformista de la adecuación del gobierno a las costumbres del pueblo, a saber, que si Venezuela resultaba tener costumbres serviles por haber estado sometidos bajo el yugo español durante trescientos años, un gobierno liberal y representativo sería un imposible. Fue Juan Germán Roscio quien se planteaba el problema con mayor agudeza, y en momentos en que ya la república se miraba amenazada por las armas de Monteverde, realizaba la siguiente afirmación depositando su fe en el efecto regenerador de la Constitución:

Decir que las leyes deben ser acomodadas al genio, al clima, a los usos y costumbres de los pueblos, es decir una verdad fuera de su caso, y no es aplicable a unas gentes que aspiran a su libertad e independencia absoluta; que han roto las primeras cadenas y proclamado sus derechos tanto tiempo usurpados; y que suspiran por una Constitución que acabe de perfeccionar la obra de su libertad, y la ponga a cubierto contra nuevas usurpaciones⁸⁰.

No obstante, dura poco el primer experimento republicano y pronto se levantarán las críticas contra el optimismo constitucionalista de la primera república.

4.2 El problema de la restauración bajo patriotas y realistas, 1812-1821

Como es bien sabido, el primer experimento republicano fracasó estrepitosamente tras la audaz campaña de Domingo de Monteverde. Monteverde pretendía restablecer la monarquía española, no obstante, existían ciertas condiciones

⁷⁸ “Discurso redirigido por un miembro de la sociedad patriótica, y leído en el Supremo Congreso el día 4 de Julio de 1811”, en *El Patriota de Venezuela*, nº 2, en *Testimonios de la época emancipadora*, Academia Nacional de la Historia, 1961, pp. 313-325.

⁷⁹ SANZ, Miguel José: “Política”, en *Testimonios de la Época Emancipadora*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1961, pp. 191-193.

⁸⁰ “Carta de Roscio a Domingo González, Caracas, 15 de febrero de 1812”, en *Epistolario de la Primera República*, tomo II, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, pp. 249-250.

que hacían imposible retornar al *status quo ante*: primero, el militar español justifica su desobediencia al Capitán General Miyares aludiendo que sus acciones encarnaban el voto popular⁸¹, y segundo, en España se promulgaba la Constitución de Cádiz y se le urgía a su promulgación. De modo que el gobierno de Monteverde, durante el lapso en que deliberadamente demora la publicación y juramentación de la Constitución de Cádiz, podría considerarse como una nueva forma de gobierno, y por tanto, una reforma del gobierno anterior, pues ni era república ni se regía bajo los principios de la nueva monarquía constitucional. Y después de publicarla, se efectuaba por segunda vez una reforma del gobierno al instaurarse propiamente la monarquía constitucional que subsumía a Venezuela bajo las nuevas leyes.

Es así que, inevitablemente, todo restablecimiento es también una reforma: era menester, en el caso realista, morigerar las conductas, corregir los vicios, restaurar la moral cristiana y expurgar al filosofismo, cuyos sofismas confundieron al pueblo alejándolo de la verdad y del recto camino. Y también existían aquellos que por su grado de alucinación, exaltación y compromiso con el gobierno republicano no podían ser del todo regenerados, por lo que a aquellos les esperaba la cárcel, el destierro o la muerte. El levantamiento de causas de infidencia y la forma como se llevaron a cabo son un claro testimonio del convencimiento de la imposibilidad de la regeneración de ciertos individuos⁸², la expulsión de Emparan en 1810 también lo fue.

Tanto patriotas como realistas tendían a cifrar las causas de la corrupción de los individuos en los errores de entendimiento como facultad del alma. Esa fue la causa de la insistencia de los patriotas en la ilustración y esa fue la excusa que esgrimieron muchos de los encausados en las causas de infidencia para hacerse con el perdón⁸³. Pero la guerra y la propia determinación de sentido del imperativo de reformar llevaban al punto de negar la inclusión en la comunidad política de ciertos individuos, cuyo destino era la muerte, la prisión o el destierro. En este punto, el supuesto operativo en la estructura semántica cuerpo/alma es la perversión del alma y con ello se quería implicar la maldad intrínseca de ciertos hombres con quienes la convivencia en el cuerpo social se hacía imposible.

⁸¹ Véase PARRA-PÉREZ, Caracciolo: *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

⁸² Véase, por ejemplo, *Causas de Infidencia*, tomo VII, Archivo General de la Nación.

⁸³ Para mayor detalle, ver BLANCO RIVERO, José Javier: *¡Reformese el Gobierno y los individuos se reformarán!* pp. 242-255.

Justamente desde el exilio destaca la figura de Bolívar y su *Manifiesto de Cartagena*, donde expone lo que a su juicio serían las causas de la caída de la primera república⁸⁴. Se trataba fundamentalmente, para hacerlo breve, del sistema federal de gobierno — demasiado complicado para una nación joven, la que además enfrentaba una guerra— y de la ingenua pretensión de que con cambiar la forma de gobierno y promulgar una constitución se erradicarían los vicios arraigados por tres siglos. En términos llanos, Bolívar planteaba en clave reformista un problema fundamental un argumento que irá puliendo con los años: había que regenerar de manera radical las costumbres de un pueblo venezolano habituado a la esclavitud y acostumbrado a la superstición, cosa que se dificultaba a causa de la composición racial heterogénea del pueblo, puesto que cada raza no solo tenía complexiones físicas distintas sino también diversas predisposiciones morales⁸⁵. Esta era una realidad que ningún legislador podría obviar a la hora de restaurar y reorganizar a la república.

En el transcurso de la *Campaña Admirable*, Bolívar se enfrenta a la tarea de restablecer la república y la Constitución de 1811 por mandato del Congreso de la Nueva Granada, que le concedió los recursos y las fuerzas. Hace lo propio en Mérida y Trujillo, pero ya en Caracas la situación es distinta. Convencido de que el sistema federal resultaba una pesada carga en las labores de gobierno en tiempos de guerra, decide solicitar la opinión de varios notables caraqueños sobre la situación jurídica de la república tras la capitulación. Francisco Javier Ustáriz, Miguel José Sanz, Miguel Peña y Ramón García Cádiz responden a la petición de Bolívar; los tres primeros de una manera bastante favorable arguyendo que el estado de Venezuela antes de la capitulación era la dictadura ejercida por Miranda, de modo que Bolívar al restablecer el

⁸⁴ “Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada”, Cartagena, 15 de diciembre de 1812, en *Memorias del General O’Leary*, tomo 27, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981, pp. 86-96.

⁸⁵ Así por ejemplo en 1819, véase “Discurso pronunciado por el General Bolívar al Congreso General de Venezuela en el acto de su instalación”, Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Memorias del General O’Leary*, tomo 16, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981, pp. 222-245. Especialmente los siguientes pasajes: “Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vió nacer contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado”, p. 224; “Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte: que más bien es un compuesto de África y América que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos”, p. 230; “La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea, cuyo complicada artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración”, p. 231.

estatus quo restablecía la dictadura. Esto le sirvió a Bolívar para ejercer la autoridad de forma centralizada, según creía correcto en una situación de emergencia como la que vivía.

Es así como el fugaz restablecimiento de la república en 1813-1814 no consistió en la restitución del estado primigenio sino en la reforma del mismo. Y no era cosa ajena al entendimiento de Bolívar que estaba reformando al gobierno: en una carta a Manuel Antonio Pulido expresa manifiestamente su voluntad de regir a la república centralmente —y con ello de reformarla—, mientras Pulido se defiende sosteniendo la vigencia del sistema federal⁸⁶, lo que equivaldría a rescatarla y conservarla⁸⁷.

Pero también se le presenta a Bolívar el grave problema no ya de re-formar, sino de formar ciudadanos, donde la formación del ejército jugará un rol esencial⁸⁸. Es así como paulatinamente Bolívar verá en el ejército al pueblo venezolano, cuestión en extremo patente en la reconstitución de la república en 1819.

Valen los mismos dilemas durante el breve reinado del terror de José Tomás Boves, e igualmente a la llegada de Pablo Morillo. El Jefe de la Expedición Pacificadora había sido enviado por un Fernando VII que había abrogado la Constitución de Cádiz y le enviaba con amplias facultades para restablecer el orden y la soberanía señorial en Tierra Firme⁸⁹. Por tanto, cuando Morillo toma el control de la capital y comienza a orquestar sus operaciones militares para doblegar a los patriotas, no se produce un restablecimiento de la monarquía *stricto sensu*, aunque sí de la autoridad monárquica. También se ve obligado Morillo, pero sobre todo su lugarteniente Salvador de Moxó, a procurar la regeneración de las costumbres de los pueblos de la Capitanía General de Venezuela. Morillo desconfiaba de todos, incluso de los españoles peninsulares residentes en Venezuela, pues aseguraba que la corrupción había desbaratado los

⁸⁶ “1813. Simón Bolívar. Carta a Manuel Antonio Pulido”, en Pedro GRASES, *Pensamiento político de la emancipación venezolana*, pp. 96-97.

⁸⁷ Para mayor detalle sobre este periodo, véase FALCÓN, Fernando: *El cadete de los valles de Aragua. Pensamiento político y militar de la Ilustración y los conceptos de guerra y política en Simón Bolívar, 1797-1814*, Caracas, Universidad Central de Venezuela/Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, 2006. Por su parte, Thibaud nos explica cómo durante la guerra a muerte se produce una transformación en el tipo de guerra (guerra civil) y los ejércitos (tendencia a la profesionalización), *Repúblicas en armas*, pp. 107-148.

⁸⁸ Véase HEBRÁRD, Véronique: *Venezuela independiente*, pp. 511-548, y THIBAUD, Clément: *Repúblicas en armas*, pp. 400-408.

⁸⁹ Véase GIL FORTOUL, José: *Historia constitucional de Venezuela*, vol. I., México, Editorial Cumbre, 1977, pp. 394-397, quien reproduce las instrucciones giradas por Fernando VII a Morillo.

muelles morales de todos los hombres en estas latitudes⁹⁰. De manera que había que restablecer toda la estructura de gobierno, reorganizándola administrativamente y trayendo probos funcionarios de la Península.

Desde el punto de vista religioso la reforma no era menos importante. El nuevo arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Pratt, se enfrentó a la tarea de regenerar a los sacerdotes que habían pecado apoyando y promoviendo la causa de la felonía. Obligó también al pueblo a pagar penitencia por los pecados cometidos⁹¹ y se redactaron sermones y catecismos para disipar los errores de entendimiento causados por el filosofismo y la prédica de una libertad exagerada⁹².

En 1819 Bolívar y sus fuerzas se reunían en Angostura para restaurar la república, esta vez otorgándole una nueva Constitución que remediara los vicios que acabaron con la primera tentativa republicana. Y de nuevo aquí se presentan problemas interesantes que fueron expresados de manera directa o indirecta bajo el discurso reformista. Aquel ideal del gran legislador —quien se suponía confeccionaba una constitución de una vez por todas para un pueblo neonato y de la buena hechura de ésta dependía la suerte futura de ese pueblo— se enfrenta ante la oposición de la realidad —Venezuela ya se había constituido y había ahora que enmendar los errores de ese primer intento— y ante las expectativas que achacaban al legislador un rol más activo, reformando las leyes en la medida en que las costumbres y el grado de civilización del pueblo fuesen progresando⁹³. Es decir, el discurso reformista adquiría la forma de un dilema entre constituir de una vez por todas, o admitir sucesivas modificaciones a las leyes fundamentales a medida que el cuerpo político alcanzare su madurez. Estas alternativas se especificaban en torno al debate entre centralismo y federalismo, que fue más bien uno del tipo: federalismo ¡cuándo!.

La Constitución de Angostura se aprobó con ligeras modificaciones al proyecto de Bolívar, pero el conflicto permanecía latente y habría de rebrotar tras la proyectada unión colombiana, materializada tras el Congreso de Cúcuta en 1821. La forma en que se

⁹⁰ “José y Francisco Salcedo, tumultuarios, vecinos ambos de Cumaná”, en *Causas de Infidencia*, tomo XXIV, exp. 13, Archivo General de la Nación.

⁹¹ Véase COLL Y PRATT, Narciso: *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2010.

⁹² GARCÍA ORTIGOZA, Salvador: *Pláticas doctrinales predicadas en la Santa Iglesia Metropolitana de Caracas*, Libros Raros y Manuscritos, Biblioteca Nacional, 1816.

⁹³ Véase BLANCO RIVERO, José Javier: *iRefórmese el Gobierno y los individuos se reformarán!* pp. 341-357.

manifestó esta tensión fue, como hemos dicho, en la diatriba entre centralismo y federalismo. El sistema centralista era defendido por aquellos quienes pensaban que, para el estado de corrupción moral en que se encontraba la mayoría del pueblo y para proporcionarle al Estado la capacidad de acción, virilidad y rapidez necesaria para terminar de expulsar a los españoles de nuestras tierras, no había mejor sistema. Los defensores del federalismo admitían en parte los argumentos que exigían una organización del Estado más simple para facilitar la conducción de la guerra, pero sabiendo que la guerra podría terminar muy pronto, anticipaban que después de superada esa situación de emergencia la república podría organizarse federalmente. Un gobierno federal representaba todas las aspiraciones de aquellos que se habían batido en los campos de batalla por la libertad, además que era el único sistema que permitía mantener cohesionados en una unidad pueblos con costumbres y climas tan diversos. Se trataba entonces de una tensión entre los horizontes temporales del ahora y del aún no; pero indefectiblemente la opinión por el federalismo contaba con gran popularidad, convirtiéndose en un desiderátum, en la representación de todo lo bueno, en la cura de todos los males, en fin, en el equivalente al reino de la felicidad, en una panacea⁹⁴.

En resumidas cuentas, durante estos años podemos contemplar desde un mismo punto de vista —el del discurso reformista— las formulaciones discursivas de patriotas y realistas, puesto que se enfrentaban al mismo problema y disponían de las mismas herramientas conceptuales para concebirlos y buscarles solución. A saber, patriotas y realistas se enfrentaron a la tarea de restablecer un orden perdido, donde se suponía que el fracaso del mismo halló sus causas en la corrupción o bien del gobierno o bien de las costumbres del pueblo, o ambos a la vez; por tanto, el restablecimiento implicaba también una reforma, tanto de las costumbres como de aquellos elementos del gobierno que ocasionaron la degeneración. Y el restablecimiento implicaba también lidiar con aquellos que participaron en el trastorno del orden político, quienes no habrían de encontrar un lugar en el orden restablecido. Las diferencias en los patrones discursivos entre patriotas y realistas se presentaban en otros órdenes de discurso como, por ejemplo, el republicanismo clásico y comercial por parte de los patriotas y el discurso de la res publica cristiana del lado realista. Pero ambos convergen en el problema de la corrupción y es allí cuando ambas partes hablan el mismo lenguaje reformista: para los

⁹⁴ BLANCO RIVERO, José Javier: *¡Refórmese el Gobierno y los individuos se reformarán!* pp. 392-410.

patriotas la causa del error y de la degeneración de las costumbres era el fanatismo y para los realistas las alucinaciones causadas por el filosofismo. Y por último, tras reconstituirse la república en Angostura se perfilaban agudos problemas de teoría política en cuanto al tipo de organización o forma política que habría que adoptar el nuevo Estado, mientras que los realistas tras el restablecimiento del liberalismo en la Península perdieron la posibilidad política de continuar la guerra⁹⁵.

4.3 La mala constitución de Colombia, 1822-1830

La Constitución de Cúcuta resultó en un compromiso político que no dejó satisfecha a ninguna de las partes. Sus primeros problemas los enfrentó en Caracas, provincia que reconocía la Constitución con reservas por no haber tenido representantes en la redacción de la misma y por ser contrarios algunos de sus artículos a las costumbres del pueblo caraqueño⁹⁶. Esto provocó una airada respuesta de Bogotá, que esperaba un reconocimiento pleno y una actitud patriótica y unitaria frente al nuevo pacto social⁹⁷.

Las críticas hacia el gobierno de Bogotá se enunciarían corrientemente en los términos de la “tiranía de Santander” y de la inadecuación de las leyes promulgadas al clima y costumbres de determinadas provincias y pueblos, un lugar común del discurso reformista bastante corriente en el arsenal de argumentos de los juristas americanos. La consecuencia era que si un gobierno legislaba sin tener en cuenta al pueblo y sus condiciones particulares, produciría más perjuicios que bienestar, por tanto, habría que reformar en principio esas leyes, pero si el mal persistía era preciso reformar el sistema de gobierno cuyos principios resultaban inadecuados.

Las tensiones entre Caracas y Bogotá, aunado a las dificultades de un Estado sumamente grande y que se regía de manera muy similar a como la monarquía española administraba estas tierras, llevó a muchos a convencerse de que la mejor forma de gobierno para Colombia era la federal⁹⁸. El diagnóstico consistía en que Colombia

⁹⁵ MEZA, Robinson: *Las políticas del trienio liberal español y la independencia de Venezuela, 1820-1823*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2010.

⁹⁶ “Municipalidad de Caracas. Acta del 29 de Diciembre de 1821 a que se contrae la anterior”, en *Blanco y Azpúrua*, tomo II, f. 206, Archivo General de la Nación.

⁹⁷ “República de Colombia-Palacio de Gobierno en la Ciudad de Bogotá a 26 de Febrero de 1822-Secretaría de Estado y del Despacho del Interior-núm. 27-Al Sr. Intendente del Departamento de Venezuela”, en *Blanco y Azpúrua*, tomo II, f. 209, Archivo General de la Nación.

⁹⁸ “El colombiano, Caracas, miércoles junio 25”, en *El Colombiano*, nº 163, miércoles 28-06-1826, Caracas.

estaba mal constituida. Este problema se agudizó entre los años de 1826 y 1828, haciendo crisis hacia finales de la década. En el año de 1826 se efectúa una revolución en la ciudad de Valencia, en la provincia de Caracas, que ha pasado a la historia como *La Cosiata*. Sin poder entrar en los detalles del movimiento, lo que debemos resaltar es que su principal bandera era la reforma de la Constitución, cuyos defectos habían producido todos los males que se experimentaban; reformando la Constitución la nación enderezaría el rumbo y remediaría todos los males, pero para ello debía adoptarse el sistema federal⁹⁹.

Bolívar reacciona con preocupación. Niega en principio la posibilidad de una reforma, ya que la misma Constitución establecía que habrían de pasar diez años antes de poder efectuar alguna modificación. Sin embargo, las dimensiones del conflicto, que amenazaban con una posible secesión de Venezuela, obligaron a Bolívar a reconocer que Colombia estaba esencialmente mal constituida, comprometiéndose a convocar una convención que discutiría el tema de las reformas en el año de 1828¹⁰⁰.

Llegado ese año ya existían dos partidos formados en torno a Bolívar y a Santander, uno centralista y otro federalista. No faltó quien propusiera terceras vías, como José María Salazar, quien abogaba por un sistema centro-federal, que corregiría los defectos de ambos sistemas; no obstante, poca resonancia alcanzaron¹⁰¹. Más allá del acontecer convulso que presidió la Convención de Ocaña, lo esencial desde el punto de vista que abordamos es que los federalistas argumentaban que el gobierno necesitaba ser reformado porque era la causa de todos los males. Mientras que los centralistas alegaban que el pueblo aún no estaba listo para gobernarse federalmente, aún le faltaba civilización y educación, que el federalismo escondía pretensiones de soberanía exageradas que fragmentaban y lesionaban la soberanía nacional y servían de excusa para la ambición personal de algunos caudillos¹⁰². En este momento histórico, más que en ningún otro, se manifiesta con absoluta claridad la paradoja del discurso reformista:

⁹⁹ “Los militares de la provincia de Carabobo”, *Memorial de Venezuela*, nº 9, domingo 20-08-1826, Caracas, en *Blanco y Azpúrua*, tomo XIX, f. 46, Archivo General de la Nación.

¹⁰⁰ “Mensaje del Libertador (a la Convención)”, Bogotá, 29 de Febrero de 1828, en *Memorias del General O’Leary. Apéndice*, tomo 32, Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981, pp. 219-220.

¹⁰¹ SALAZAR, José María: *Observaciones sobre las reformas políticas de Colombia*, Filadelfia, Imprenta de Guillermo Stavely, 1828, Biblioteca Nacional de Colombia.

¹⁰² “Mensaje del Libertador (a la Convención)”, pp. 223-224.

el gobierno queriendo reformar al pueblo y señalándolo como la causa de la corrupción y el pueblo señalando al gobierno como la razón de los males y exigiendo su reforma¹⁰³.

La opción que tenía el pueblo para reformar al gobierno, cuando ni el derecho de petición ni la opinión pública surtían efecto, era básicamente la revolución. Así se explica el caos en que sumió la república de Colombia en 1826 cuando, junto a Valencia, varias ciudades se revolucionaron; y, aunque menos trascendental, la rebelión de Obando en 1829. Mientras que el gobierno disponía de la legislación, la educación y de la cooperación de la religión para regenerar las costumbres del pueblo. Así se explican las medidas tomadas por el Libertador, como prohibir la lectura de Bentham¹⁰⁴, promover las escuelas lancasterianas, disolver las municipalidades¹⁰⁵, el decreto sobre delitos de traición y conspiración de febrero de 1828 —que condenaba a muerte a quienes depusieran cualquier autoridad constituida, aconsejaren o fomentaren la rebelión e hiciesen circular papeles sediciosos; y al destierro a quienes no debelasen las conspiraciones teniendo noticia de ellas, inspirasen ideas contrarias al sistema establecido o resistieran las medidas del gobierno para salvar el país—¹⁰⁶, o la reforma del plan de estudios de la Universidad de Bogotá, tras haber sufrido el atentado del 25 de septiembre del que escapó milagrosamente¹⁰⁷.

La desconfianza hacia las cualidades morales del pueblo, que aún no podía presentarse a la escena pública como un auténtico ciudadano republicano, llevó a

¹⁰³ Donde la arrogación por parte de ciertos elementos de la sociedad del título de pueblo desató en no pocas ocasiones debates en la prensa sobre qué constituía propiamente el pueblo.

¹⁰⁴ “Prohíbese en todas las Universidades de Colombia los tratados de Bentham (12 marzo de 1828)”, en *Decretos del Libertador. 1828-1830*, tomo III, Caracas, Imprenta Nacional, 1961, pp. 53-54.

¹⁰⁵ “Supresión de las Municipalidades de la República (17 de noviembre de 1828)”, en *Decretos del Libertador. 1828-1830*, tomo III, Caracas, Imprenta Nacional, 1961, pp. 230-235.

¹⁰⁶ “Se fijan los delitos de traición y conspiración y se acuerdan las respectivas sanciones (20 de febrero de 1828)”, en *Decretos del Libertador. 1828-1830*, tomo III, Caracas, Imprenta Nacional, 1961, pp. 27-29.

¹⁰⁷ Se alegaba que, dada la participación de jóvenes universitarios colombianos en el atentado contra Bolívar, la juventud se mostraba inmoral y llena de vicios. Creyeron hallar las causas de la degeneración en la enseñanza de las ciencias políticas y de autores como Bentham, que contenían muchas máximas opuestas a la religión, a la moral y a la tranquilidad de los pueblos. Para revertir estos males el decreto establecía que debía restablecerse la enseñanza del latín y enfatizarse la enseñanza de la moral y el derecho natural; quedaban en suspenso las cátedras de Legislación Universal, Derecho Público Político, Constitución y Ciencia Administrativa; se obligaba a dedicar cuatro años al estudio del derecho civil romano y jurisprudencia canónica; se obligaba a los alumnos de primer año a estudiar los fundamentos y apología de la religión católica y su historia; y finalmente, se instituía para el quinto y sexto año la enseñanza de principios de economía política y derecho internacional en conjunción con la jurisprudencia civil y canónica. Véase “Reforma en el plan de estudios de la Universidad de Bogotá (20 de octubre de 1828)”, en *Decretos del Libertador. 1828-1830*, tomo III, Caracas, Imprenta Nacional, 1961, pp. 182-185.

algunos partidarios de Bolívar —no sin consistencia con los propios planteamientos del Libertador, pero sí llevado a un límite que éste no estuvo dispuesto a aceptar— a proponer la reforma del gobierno republicano en una monarquía constitucional¹⁰⁸. Y esto en un momento en que había fracasado estrepitosamente la Convención de Ocaña y en que Bolívar ejercía poderes dictatoriales¹⁰⁹.

El proyecto de monarquía terminó por quebrantar el prestigio político de Bolívar, agudizándose la crisis constitucional colombiana. Ya el 26 de noviembre de 1829, tras un decreto de Bolívar incitando a los pueblos a expresar su voluntad, Venezuela se decidiría por constituirse por sí sola¹¹⁰ —dejando aún abierta la posibilidad de federación con Colombia y Ecuador con la condición de que Bolívar saliese del territorio colombiano—, redactando en 1830 su propia Constitución¹¹¹. Estos acontecimientos serían descritos como una regeneración de Venezuela, como el restablecimiento de aquel espíritu republicano perdido con la ambición y despotismo de Bolívar.

En esta breve y apretada narración histórica hemos intentado demostrar que los hitos más importantes de la historia republicana contienen una importante cuota del discurso reformista. El discurso reformista permitió articular los argumentos que diagnosticaban los grandes problemas que enfrentaba la república y contenía los conceptos y herramientas que permitían darles una solución a los mismos —soluciones formuladas predominantemente bajo un discurso constitucionalista—; se prestaba para articular propuestas contradictorias; y generaba un debate sobre la mejor forma de gobierno expresándose las más agudas diatribas constitucionales.

¹⁰⁸ “Carta de Estanislao Vergara a Bolívar, Bogotá 22 de mayo de 1829”, en *Memorias del General O’Leary*, tomo 7, Caracas, Ministerio de Defensa, 1981 p. 192. Parte del texto dice así: “Nosotros, como dice el señor Madrid, tenemos un poco de crédito, porque poseemos a V.E. Tiene razón de creerlo así, y debemos acreditarlo de todos modos. V.E. es el único que puede hacer la dicha presente y futura de Colombia, y para esto V.E. debe mirar al Congreso Constituyente, y prepararse a obrar en contra de su influjo y poder, digan lo que quieran los facciosos y liberales de la Europa y de la América. Una monarquía constitucional es lo que puede conservarnos y hacer a Colombia grande y respetada. Estamos ya todos en este proyecto y contamos con la cooperación de V.E.”.

¹⁰⁹ “Bolívar asume el Poder Supremo del Estado con el título de Libertador Presidente (27 de agosto de 1828)”, en *Decretos del Libertador. 1828-1830*, tomo III, Caracas, Imprenta Nacional, 1961, pp. 137-144.

¹¹⁰ *Gaceta del Gobierno*, nº 241, sábado 26-12-1829, Caracas, en *Blanco y Azpúrua*, tomo XVII, f. 201, Archivo General de la Nación.

¹¹¹ “El Congreso de Venezuela a los pueblos sus comitentes, Valencia 11 de Junio 1830”, en *Blanco y Azpúrua*, tomo XVIII, f. 255, Archivo General de la Nación.

Pero las expresiones del discurso reformista no acaban aquí y a veces tomaban formas que hacían gala de toda la densidad semántica del campo semántico naturalista, es decir, se mezclaba la política, la física, la metafísica y la teología en una articulación discursiva que dejaba a las claras la estrecha conexión lógica entre las distintas ciencias. Nos tomamos la libertad de citar *in extenso* una maravillosa pieza que exhibe este estado de cosas:

El hombre sabio no duda jamás mudar de opinión siempre que se le patentizan las razones porque debe pensar en sentido contrario. La tenacidad en sus opiniones no pueden nacer sino de una vana presunción, y demasiado amor de sí mismo. Los mayores hombres en todas las edades han adoptado siempre esta máxima, y no se despreciaban de oír los consejos prudentes que se les daban sin atender a las personas de donde venían. Más vale el consejo del enemigo, que la alabanza del adulador. La historia es más útil refiriéndonos los defectos de los hombres que manifestándonos sus virtudes: este es el mérito principal de Tácito. No es pues de admirar que el pequeño Pararayo anime a dar consejos al padre de Colombia: infinitamente pequeña es la Luna en comparación del Sol; pero cuando se le pone enfrente le oscurece en parte, y causa un eclipse. Bolívar. Las circunstancias nos obligan a hacerte la súplica de que reconcentres tus opiniones con las de tus conciudadanos: para ello te exigimos separes quince minutos de las veinte y cuatro horas que componen la órbita del día, y sin consejo de otro te transformes del lugar que ocupas para registrar la atmósfera colombiana: para conseguirlo reúne tus pasiones con las pequeñas partículas que entre el cielo, y la tierra nos divide, y ocasiona la presencia de objetos diferentes. En tal estado encontrarás la diferencia del poder, verás el Sol en su marcha superior, y divina desplomando sobre la tierra los cuerpos heterogéneos y sulfúreos para destruir tal vez a los seres animados, a las plantas, a las aguas y a cuanto hay de precioso dentro del planeta, o globo que habitamos, y este al contrario protegiéndolos repulsa el influjo de aquel con sus miasmas, y vapores que exhala: en esta lucha verás a la Luna que como un tercero en la discordia se presenta para consolarnos con la noche en las estaciones fuertes en que por falta de poder de nuestro planeta nos quiere abrasar, por encontrarnos en su zona tórrida, y verás en fin, qué porción de luminare y planetas demarcando el Zodiaco nos hacen conocer la división de la esfera celeste con cuyos auxilios se ha demarcado la marcha de las estaciones del tiempo. Allí conocerás la fuerza eléctrica que hace combatir unos con otros cuerpos, y que enfurecidos chocan, y toman cada uno la marcha de su poder, los unos parecen haber roto los diques del incendio, los otros aglomerados queriendo comprimir los aires terminan con espanto y horrendo bramido, otras con más imperio intrincan su lucha y no pudiendo mutuamente destruirse descienden a la tierra con toda su fuerza mutilando, o privando de la existencia vital a los seres animados e inanimados que se le oponen a su marcha, terminando en sepultarse en la profundidad de la tierra, o de las aguas: las otras menos orgullosas auxilian con su venida a nuestros prados, a nuestras selvas; y los cauces preciosos lo conservan en su seno para auxiliarnos con la hermosura de los productos de la tierra: tal pintura, ¡oh Bolívar! consideramos necesario hacer para que con tu microscopio político antiguo, y verdadero registres por el semblante el corazón de los malvados para que cerrando tus oídos a sus maquinaciones alarmantes, no propendas a otra cosa sino a lo que mil veces has dicho, *Libertad, Libertad, Libertad*¹¹².

¹¹² “Meditación física, política y natural”, en *El Para rayo*, 1827, Imprenta de Tomás Antero. Hojas Sueltas Venezolanas y Venezolanistas 1811-1840, Biblioteca Nacional, Libros raros.

En el primer párrafo se enuncia un juicio basándose en el conocimiento de la naturaleza humana. Era corriente entre los publicistas de la época partir del amor propio como el principal móvil de la acción humana. Y, justamente, en los juicios sobre la naturaleza humana tenemos uno de los pilares del discurso reformista. En el segundo y tercer párrafo, tras la ornamentación retórica, se exhiben los conceptos y argumentos más modernos desarrollados por la física de la época en estrecha relación con un supuesto metafísico que, vinculando la espiritualidad del alma con la materialidad de la creación —pero que también era expresión de una voluntad creadora, de un ser espiritual que lo inunda todo, de un demiurgo—, expresa la inserción del hombre en la gran cadena del ser, da cuenta del lugar del ser humano en la obra de la creación, hace manifiesta la finitud del hombre respecto del universo, pero señalando al mismo tiempo su esencial conexión. Y al final, del conocimiento de la naturaleza humana y de todo el orden universal es posible deducir el principio que ha de guiar la acción política y que, de una u otra manera, también rige los resortes del mundo moral y natural: la libertad.

Vemos aquí, más claramente quizá que en otros ejemplos, cómo en un mismo discurso se manifiestan las distintas temporalidades de las estructuras semánticas del campo semántico naturalista.

No se detendrá aquí la historia del discurso reformista en Venezuela, pero baste lo dicho para demostrar cómo se pueden llevar a la investigación histórica aquellas disquisiciones teóricas que hacíamos en otra ocasión.

5. Consideraciones finales

Uno de los rasgos que juzgamos más resaltantes de esta forma de armar una narrativa histórica es la manera en que conjuga continuidad y ruptura a la vez. Continuidad porque el eje temático de una paradoja insertada en la estructura autorreferencial de un discurso de vigencia histórica permite segmentar y delimitar un objeto muy concreto sobre el que escribir una historia. Ruptura porque las formas de enunciación son fragmentarias, discontinuas; muchas enunciaciones se pierden en el tiempo, no son rescatadas, no son estudiadas, no se constituyen ellas mismas en tradición sino que son manifestación material de una tradición que las supera y que se hace así inmaterial o supra-material. Y, naturalmente, esta fragmentación proporciona material o contiene potencialidades para nuevas articulaciones que den forma a nuevos discursos.

La historia intelectual se ha concentrado casi de manera exclusiva en la continuidad de tradiciones textuales, por ello la categoría de influencia resulta fundamental para esa ciencia, así como imprescindible la elaboración de una teoría o de una filosofía que explique cómo se suceden unas ideas con otras. Pero desde el punto de partida teórico que representamos aquí, queremos subrayar que el asunto es mucho más complejo: ciertamente, existen praxis sociales como la educación y la formación que desempeñan un rol fundamental en el desarrollo de tradiciones intelectuales, no obstante, no es este un proceso de causalidad lineal, como lo sugiere el concepto de influencia. Existen condiciones de reproducción lingüísticas y sociolingüísticas que hacen posible la formación de tradiciones; existen condiciones materiales imprescindibles, como la escritura y la imprenta; y existen finalmente una gran masa de reproducciones, de variaciones, que quedan en el olvido, que se pierden como acontecimientos.

La formación de clásicos —objeto de estudio preferente de la tradicional historia intelectual— obedece a un proceso contingente de generalización simbólica del sentido sobre la materialidad de un texto, cuyos niveles de elaboración dan cuenta de una forma de codificación de la comunicación menos ceñida al acontecer político y más aferrada a su propia selectividad, a su propia sistematicidad. No en balde, la historia intelectual de la política es definida también a menudo como la historia de una ciencia o de una disciplina, a saber, historia de la teoría política o historia de la filosofía política. Estas diferencias de niveles de generalidad —si se puede decir así— no han sido ajenas al ojo de los investigadores, empero, distinciones analíticas felices entre los distintos ámbitos no abundan.

No podemos asegurar que esta sea la mejor forma de hacerlo, pero esta teoría pretende establecer esas relaciones entre los distintos niveles, o como lo hemos denominado, formas de generalización lingüísticas del sentido. Y con ello queremos señalar lo complejos que son los procesos de formación del significado y que su persistencia y evolución depende en buena parte de los sistemas sociales que se sirven de ellos para procesar información. Es menester aclarar que no es que los significados se produzcan en el lenguaje como sistema y sean aceptados por un sistema social; se trata de que tanto la comunicación como la producción lingüística son acontecimientos en la autopoiesis de los sistemas sociales, y que las operaciones del sistema no se distinguen por su temporalidad sino por su grado de generalización, por tanto, las formas

lingüísticas de generalización del sentido hacen posible que el sistema adquiriera mayor capacidad de procesamiento de información y mayor complejidad al engendrar en sus operaciones redundancias y diferencias que son empleadas para producir más comunicaciones.

Hemos demostrado de qué manera puede aplicarse la —aún incompleta— teoría operativa del significado. No obstante, con este caso de estudio no se agotan sus posibilidades. Es posible también, por ejemplo, realizar análisis de textos añadiendo a las formas lingüísticas de generalización del sentido señaladas la categoría de intención, la cual —cómo la ha desarrollado Quentin Skinner— nos hace inquirir sobre los posibles destinatarios de la comunicación, así como por el propósito comunicativo. De igual modo, en el análisis textual pueden aplicarse las categorías de estabilización y oscilación semántica, las cuales no encuentran una utilidad concreta en análisis históricos del tipo que hemos emprendido aquí.

Al elaborar estos argumentos hemos pensando en desarrollar un marco consistente teóricamente, pero que a la vez no le ponga una camisa de fuerza al investigador. No presentamos un enfoque textualista o contextualista —de hecho, estas categorías se quedan cortas ante lo planteado aquí—, sino uno que le permita al historiador tomar uno u otro camino, o incluso el intermedio, al estudiar las relaciones entre la semántica y la estructura social. Pero, antes que nada, nuestra intención con esta propuesta es seguir estimulando el debate y la cooperación interdisciplinaria en las ciencias históricas.